



El papel del uso de los drones de combate en la perpetuación y el aumento de terrorismo en Pakistán

Trabajo de Fin de Grado: Grado en Relaciones Internacionales.

Universidad Pontificia Comillas

Curso académico: 2014-2015

Fecha de presentación: 21-04-2015

Miriam Sanz Gismero

Director de proyecto: Alberto Priego Moreno

ÍNDICE DE CONTENIDOS

CAPÍTULO I - ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS.....	1
1. Introducción.....	1
2. Estado de la cuestión	1
3. Preguntas de investigación	4
4. Objetivos.....	4
4.1. Objetivos primarios	4
4.2. Objetivos secundarios	5
5. Hipótesis	5
6. Marco temporal	5
7. Marco geográfico.....	6
8. Marco teórico.....	6
9. Metodología.....	9
10. Limitaciones.....	9
CAPITULO II – TERRORISMO E INSURGENCIA	10
CAPÍTULO III –TECNOLOGÍA Y TERRORISMO EN PAKISTÁN	22
CAPÍTULO IV - LA EFECTIVIDAD DE LOS DRONES EN LA LUCHA ANTITERRORISTA Y SU IMPACTO SOBRE EL TERRORISMO EN PAKISTÁN	38
CAPÍTULO V - CONCLUSIONES Y PROPUESTAS	51
BIBLIOGRAFÍA	59

LISTA DE ACRÓNIMOS

<i>Acrónimo</i>	<i>Significado</i>
FATA	Áreas Federales de Administración Federal
TTP	Tehrik-i-Taliban
CIA	Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos
ISI	Servicios de inteligencia pakistaníes
HVT	Objetivos de alto valor

LISTA DE TABLAS

Tabla 1: Comparativa de Al-Qaeda: ¿insurgencia o terrorismo?	17
Tabla 2: Comparativa del Movimiento Talibán: ¿insurgencia o terrorismo?	21
Tabla 3: Número de atentados terroristas y ataques de drones en Pakistán.	42

LISTA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1: La línea Durand	24
Ilustración 2: Base aérea secreta de Shamsi (Pakistán)	30
Ilustración 3: Resultados de la encuesta de Gallup Pakistan en Octubre de 2013	39

LISTA DE GRÁFICAS

Gráfica 1. Evolución del número de atentados terroristas en relación con el número de ataques con drones en territorio pakistaní	43
Gráfica 2. Evolución del número de atentados terroristas en relación con el número de ataques con drones en las Áreas Federales de Administración Federal	44

CAPÍTULO I

ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS

1. Introducción

Desde 2004, en el marco de la Guerra Contra el Terror, el gobierno de Estados Unidos lleva a cabo una campaña antiterrorista basada en el uso de drones de combate en las áreas fronterizas del noroeste de Pakistán, que continúa hasta nuestros días. No obstante, más de una década después del inicio de esta estrategia antiterrorista, los ataques terroristas siguen atormentando a todas las regiones de Pakistán. Este Trabajo de Fin de Grado nace de la voluntad y del interés por evaluar la efectividad de estas políticas militares, dada la creciente inversión y el gran número de efectivos implicados en esta campaña. Asimismo, este trabajo pretende servir de base para futuras publicaciones que busquen hacer frente al terrorismo a partir del ejemplo de Pakistán.

2. Estado de la cuestión

En España, el interés por el estudio sobre Pakistán ha ido aumentando de forma reciente. Entre las aportaciones españolas más relacionadas con la situación general del país destacan las de Eva Borreguero (India y Pakistán: el dilema nuclear, 2004), Vicente Garrido (Pakistán armas nucleares y seguridad, 2008), Nicolás de Pedro (Spain and Central Asia, 2012), Pablo Bustelo (Pakistán: ¿economía fallida? (ARI), 2010), Ana Ballesteros (*Pakistán*, 2011), Antía Mato Bouzas (India y Pakistan - Conflicto y negociaciones en el sur de Asia, 2011a; India y Pakistán en el 2003/2004), 2005; Pakistan, la recerca d'una identitat, 2009; Pakistán: entre la desidia, el esperpento y la necesidad de cambio (ARI), 2011b), Gracia Abad (Las relaciones entre Corea del Norte y Pakistán y el tráfico de tecnología, 2012).

Más concretamente, el estudio del terrorismo en Pakistán ha venido dirigido de la mano de Fernando Reinares y otros autores, como Alberto Priego (Por qué Pakistán es un estado «apetecible» para el yihadismo radical, 2008; Las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán. Continuidad y cambio con la Administración Obama, 2010; Musharraf en la encrucijada, 2007) y David García Cantalapiedra («Es Pakistán, estúpido», 2009). «»

Asimismo las monografías de *think tanks* españoles, como el Real Instituto Elcano, el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) y el Centro de Estudios Superiores para la Defensa Nacional (CESEDEN), Safe Democracy Foundation, CIDOB, UNISCI y la Fundación Tres Culturas suponen otra buena fuente de información sobre el terrorismo en Pakistán.

En particular, el estudio del uso de vehículos aéreos de combate no tripulados y su incidencia en el fenómeno terrorista en Pakistán se ha limitado a la obra de Javier Jordán con artículos como «The

Effectiveness of the Drone Campaign against Al Qaeda Central: A Case Study» (2014) y «El empleo de aviones de combate no tripulados contra al-Qaeda en Pakistán: ¿una estrategia eficaz?» (2010).

Fuera de las fronteras españolas, el panorama internacional sobre el terrorismo en Pakistán y la efectividad del uso de drones de combate en el marco de políticas antiterroristas resulta más variado. Así, las principales fuentes de información internacionales sobre el tema cuentan con autoría, en su mayoría, estadounidense, británica e incluso israelí y pakistaní.

La literatura internacional relacionada con la efectividad de los vehículos aéreos de combate no tripulados en el marco de la estrategia antiterrorista estadounidense de asesinatos selectivos sobre el terrorismo refleja la polarización que existe sobre este tema tan controvertido. Así, por un lado, autores como Kenneth Anderson y Amitai Etzioni con «Unmanned Aircraft Systems: The Moral and Legal Case» (2010), Eric Scmitt y Thom Shanker con «Counterstrike: The Untold Story of America's Secret Campaign Against Al Qaeda» (2011), Farhat Taj con «The year of the drone misinformation» (2010), Patrick B. Johnston y Anoop K. Sarbahi con «The Impact of U.S. Drone Strikes on Terrorism in Pakistan and Afghanistan» (2014) o Stephen de Wijze con «Targeted killing: a 'dirty hands' analysis» (2009) defienden el uso de drones de combate en el marco de los esfuerzos estadounidenses por hacer frente al terrorismo. Estos autores destacan que el uso de vehículos aéreos no tripulados minimiza los posibles daños colaterales -bajas inocentes o daño a infraestructuras locales- y los riesgos -bajas del personal militar estadounidense- asociados a otras formas de contraterrorismo, como las operaciones militares sobre el terreno.

Asimismo, estos autores enfatizan la efectividad del uso de drones desde el punto de vista táctico en la desarticulación de redes terroristas y sus capacidades organizativas, sobre la base de la experiencia israelí, como es el caso de Steven R. David con «Fatal Choices: Israel's Policy of Targeted Killing» (2002). Sin embargo, numerosos académicos partidarios del uso de drones para contrarrestar el terrorismo, como Daniel Byman con «Do Targeted Killings Work?» (2006) o Brian G. Williams con «The CIA's Covert Predator Drone War in Pakistan, 2004–2010: The History of an Assassination Campaign» (2010), reconocen que la táctica contraterrorista estadounidense no supone una fórmula mágica para acabar con el terrorismo y mencionan algunos de sus efectos colaterales, como la difusión de la militancia por todo el país ante la necesidad de los grupos terroristas de buscar nuevos refugios.

Por otro lado, existe una extensa literatura que considera que la táctica de asesinatos selectivos por medio del uso de drones resulta contraproducente. Estas obras se podrían dividir en tres categorías. Por un lado, la literatura de carácter ético-legal, como las obras de Joseph Pugliese o Nicholas J. S. Davies, que rechazan las políticas antiterroristas estadounidenses alegando que estas contravienen la

legislación de Estados Unidos y las Convenciones de Ginebra. En segundo lugar, se encontrarían los estudios cuantitativos de Jenna Jordan (When Heads Roll: Assessing the Effectiveness of Leadership Decapitation, 2009), Mohamed Hafez y Joseph Hatfield (Do Targeted Assassinations Work? A Multivariate Analysis of Israel's Controversial Tactic during Al-Aqsa Uprising, 2006), Edward H. Kaplan et al. (What Happened to Suicide Bombings in Israel? Insights from a Terror Stock Model, 2005) y Aaron Mannes (Testing The Snake Head Strategy: Does Killing or Capturing its Leaders Reduce a Terrorist Group's Activity?, 2008) que buscan demostrar la ineffectividad de las políticas terroristas basadas en el uso de drones a través del análisis de la actividad de los grupos terroristas tras el asesinato de sus líderes con vehículos aéreos no tripulados. En una tercera categoría entrarían los estudios de carácter social, como las investigaciones de M.W. Aslam (A critical evaluation of American drone strikes in Pakistan: legality, legitimacy and prudence, 2011), Brian Fishman (The Battle for Pakistan: Militancy and Conflict across the FATA and NWFP, 2010), Selig S. Harrison (2007) o Peter Bergen y Katherine Rowland (Drone Wars, 2013) que demuestran la incidencia del uso de drones de combate sobre la población del país afectado.

Algunos de los autores que rechazan la confianza en el uso de drones de combate en las políticas antiterroristas emplean la expresión de «efecto boomerang» para expresar que los asesinatos selectivos no sólo no frenan el terrorismo, sino que son contraproducentes, especialmente para las organizaciones de carácter religioso, y que pueden dar lugar a un incremento de la violencia terrorista a largo plazo. Los estudios de carácter social sobre el tema, como los de B. Fishman (2010) y S. Harrison (2007), corroboran este argumento al demostrar los efectos sociales –daño sobre el tejido e infraestructuras sociales, aumento de sentimientos separatistas y nacionalistas- del uso de vehículos aéreos de combate no tripulados.

Además, F.S. Naiden merece una mención especial con su artículo «Do Drones contradict Lessons from Centuries of War?» (2014) para The Wilson Quarterly, en el que defiende la necesidad de combinar las armas de largo alcance, como los drones, con tropas sobre el terreno a fin de obtener una ventaja no sólo táctica sino también moral. Según Naiden, la guerra estadounidense contra el terrorismo no finalizará hasta entonces, hasta el momento en que se dé la oportunidad a las tropas enemigas de rendirse ante un líder visible sobre el terreno y no ante uno en la distancia.

Por último, resulta necesario nombrar la intensa labor de investigación relacionada con el uso de drones de combate en la estrategia anti-terrorista estadounidense de los *think tanks* estadounidenses New America Foundation, The Wilson Quarterly, Center for American Progress, Strategic Studies Institute, Carnegie Endowment for International Peace, RAND Corporation, Brookings Institute, American Enterprise Institute, el *think tank* británico Center for Strategic and International Studies (CSIS) y el pakistaní Pakistan Institute for Peace Studies (PIPS).

Hasta la fecha, los estudios cuantitativos sobre la efectividad del uso de los drones de combate en el marco de una política terrorista y su papel en la perpetuación del terrorismo se han centrado en las experiencias israelíes con la violencia palestina (Hafez y Hatfield) o las operaciones de terrorismo suicida en el país (Jenna Jordan). Así, hasta el momento no parece existir ningún documento académico, al menos público, que combine el estudio cuantitativo con las variables sociales derivadas del uso de drones de combate y que investigue el papel de los vehículos aéreos de combate no tripulados en la perpetuación del terrorismo concretamente en Pakistán.

3. Preguntas de investigación

El presente Trabajo de Fin de Grado girará en torno a las siguientes preguntas de investigación:

- 3.1. ¿Hasta qué punto el uso de drones de combate empleados como táctica de asesinatos selectivos en el marco de una política antiterrorista genera más terrorismo?
- 3.2. ¿Qué variables relacionadas con el uso de drones de combate contribuyen a la perpetuación del fenómeno terrorista?
- 3.3. ¿Cómo ha evolucionado el terrorismo en Pakistán desde el inicio de la política antiterrorista estadounidense basada en drones de combate?
- 3.4. ¿Qué consecuencias produce el fenómeno terrorista sobre la población de Pakistán?
- 3.5. ¿Existen otras medidas contraterroristas de carácter no militar que podrían combatir de manera más efectiva el terrorismo?

4. Objetivos

Los objetivos de este Trabajo de Fin de Grado podrían clasificarse en objetivos primarios y objetivos secundarios.

4.3. Objetivos primarios

- 4.3.1. Presentar una evolución estructurada de los acontecimientos de carácter terrorista atribuidos a los movimientos insurgentes en Pakistán. Este enfoque eminentemente histórico servirá como marco cronológico que permitirá analizar la tendencia de los ataques terroristas en esta región durante el período de estudio.
- 4.3.2. Identificar las diferentes causas que explican el comportamiento de los grupos insurgentes en su empleo de tácticas terroristas en Pakistán.

- 4.3.3. Valorar el papel del uso de drones de combate y los asesinatos selectivos en el marco de una política antiterrorista en la perpetuación del fenómeno terrorista en Pakistán a corto, medio y largo plazo.
- 4.3.4. Explicar los efectos inmediatos del uso de drones de combate sobre la población de Pakistán, así como valorar el alcance de las consecuencias en la creación de terrorismo a medio y largo plazo.
- 4.3.5. Proponer métodos de combate antiterroristas alternativos y posibles soluciones que conlleven a una mejora de la situación de seguridad en Pakistán y en la región.
- 4.3.6. Evaluar hasta qué punto la violencia militar resulta efectiva en la erradicación de la violencia de carácter terrorista a partir del ejemplo del uso de drones de combate en Pakistán.

4.4. Objetivos secundarios

- 4.4.1. Evidenciar las numerosas repercusiones asociadas al uso de drones de combate sobre un Estado, su población y su estructura interna como variables determinantes para el fomento de la radicalización.
- 4.4.2. Fomentar interés en el cuerpo nacional e internacional de investigadores en materia de seguridad internacional de realizar futuras investigaciones sobre este tema.

5. Hipótesis

El desarrollo de este Trabajo de Fin de Grado va a girar alrededor de la constatación, o falsación en su caso, de la siguiente hipótesis:

- 5.1. Las políticas antiterroristas basadas en el uso de vehículos aéreos de combate no tripulados o drones (UCAV, por sus siglas en inglés) resultan erróneas, puesto que generan más terrorismo a largo plazo. Así, los drones empleados en el marco de la campaña antiterrorista llevada a cabo por Estados Unidos en Pakistán generan más terrorismo dentro y fuera de las fronteras de este Estado a largo plazo.

6. Marco temporal

La delimitación temporal de este Trabajo de Fin de Grado abarca el período comprendido entre 2008 y 2013. El periodo de estudio comienza el 6 de septiembre de 2008 –llegada al poder de Asif Ali Zardari a la presidencia de Pakistán- y concluye el 9 de septiembre de 2013 con la elección de Mamnoon Hussain como nuevo presidente pakistaní.

El estudio de este intervalo de tiempo nos permitirá analizar acontecimientos clave en la historia del terrorismo en Pakistán en el contexto posterior a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, como el cambio de estrategia antiterrorista por parte de la Administración Obama y el asesinato de Bin Laden en mayo de 2011.

7. Marco geográfico

La investigación de este Trabajo de Fin de Grado se centrará en Pakistán.

8. Marco teórico

Consideramos que la política exterior estadounidense responde a una visión del mundo de carácter realista. Según la teoría del realismo estructural, impulsada por Kenneth N. Waltz en la década de 1970, el sistema internacional se caracteriza por su estructura anárquica, en la que la competición por obtener garantías de seguridad es inevitable, dado que la existencia de los Estados no está garantizada por ningún ente hegemónico o superior (Waltz, 1979, pág. 127). Así, la competición se convierte en sinónimo de posibilidad de conflicto, que nace del reparto irregular de poder y de capacidades entre los distintos Estados. De esta manera, en función de la forma en la que el poder se encuentre distribuido en el sistema internacional, los defensores del realismo acostumbran a hablar de polaridad de poder. La polaridad de poder determina el número de grandes potencias existentes en el escenario internacional y, por tanto, define la estructura del sistema internacional (Mikulic, 2013, pág. 10).

Desde nuestro punto de vista, la mentalidad institucional estadounidense se caracteriza por concebir el mundo posterior a la Guerra Fría como un sistema unipolar, en el que la primacía de Estados Unidos en la distribución mundial de capacidades resulta, a su modo de ver, incuestionable (Ikenberry, Mastanduno, & Wohlforth, 2009, pág. 1). De hecho, tal y como reconocen los teóricos realistas neoclásicos, la percepción de los líderes estatales sobre la distribución del poder en el mundo constituye una variable especialmente importante que determina la política internacional y el comportamiento de los Estados (Baylis & Smith, 2011, pág. 99; Walt, 2002, pág. 211). Así, como veremos a lo largo del presente Trabajo de Fin de Grado, Barack Obama y George W. Bush, los grandes defensores de la política antiterrorista basada en el uso de drones de combate, comparten una visión del mundo realista de carácter ofensivo, basada en la concepción de la acumulación de poder como medio para alcanzar la paz.

Por otro lado, de acuerdo con el realismo estructural, las grandes potencias, como Estados Unidos, han de ser sensibles a las capacidades de los otros Estados, puesto que en el momento en que uno de ellos ostente un gran poder y quepa la posibilidad de que éste emplee la fuerza para perseguir sus intereses, el resto de Estados se sentirá amenazado y temerá por su

supervivencia (Waltz, 1979, pág. 126). En este contexto, según el realismo de Waltz, los Estados ven en el poder un medio con el que obtener seguridad (Baylis & Smith, 2011, pág. 99). Además, el deseo común de maximización de seguridad lleva a los Estados comparativamente más débiles a buscar un reequilibrio de fuerzas, en el que el Estado más fuerte también participará con el fin de garantizar su posición dominante. Así, Estados Unidos, desde su posición hegemónica, ha buscado mantener el *status quo* a través del equilibrio interno, desarrollando sus propios efectivos para hacer frente a la amenaza externa pakistaní, y del equilibrio externo, formando alianzas para obtener el mismo resultado (Mikulic, 2013, pág. 10). Consideramos, entonces, que los drones de combate formarían parte de los mecanismos de equilibrio interno desarrollados por Estados Unidos, mientras que su alianza con Pakistán en la Guerra Contra el Terror se podría considerar un mecanismo de equilibrio externo con el fin de hacer frente a una amenaza externa: Al-Qaeda y el Movimiento Talibán.

Asimismo, el hecho de que Estados Unidos haya considerado a Al-Qaeda, un grupo no estatal, como su «mayor amenaza» desde el 11 de septiembre de 2001 constituye otro indicio de la lógica neorrealista estadounidense. El neorrealismo defiende que los Estados han dejado de ser los únicos actores en el escenario internacional, como consecuencia de la descentralización de poder y dada la estructura anárquica del sistema internacional. Así, entre los actores no estatales, que ganan cada vez más en poder e influencia, se encuentran los miembros de grupos terroristas e insurgentes. Especialmente en Estados débiles, como Pakistán, en donde el gobierno lucha por proporcionar seguridad a sus ciudadanos, algunos actores no estatales como Al-Qaeda o el Movimiento Talibán constituyen un importante reto no sólo para el gobierno central, sino también para los Estados de la región y las potencias occidentales, puesto que, en algunas ocasiones, el escenario de operaciones de estos grupos trasciende las fronteras nacionales (National Intelligence Council, 2007, pág. 5).

Por otro lado, la narrativa estadounidense respecto a su política antiterrorista basada en el uso de drones de combate pone de manifiesto el grado de securitización del que goza la amenaza de Pakistán en el círculo político de Estados Unidos. Esto es, el discurso político del uso de drones de combate es el fruto de un proceso por el que Estados Unidos como actor estatal ha transformado asuntos de índole política en cuestiones de seguridad. La amenaza de Al-Qaeda y del Movimiento Talibán se presenta como una amenaza existencial, que exige medidas de emergencia y que justifica acciones, como los asesinatos selectivos, más allá de los límites habituales de los procedimientos políticos (Özcan, 2013, pág. 9). Según la Escuela de Copenhague, este sería el comienzo del proceso de securitización, por el que una cuestión pasaría a tratarse como un asunto político extraordinario o un asunto superior a la política; un proceso que se completaría en el momento en que el público destinatario lo aceptase como tal.

Por ello, Barry Buzan considera que la securitización supone una continuación de la política cuando la política tradicional no funciona. Se trataría, por tanto, de una versión extrema de politización que formaría parte de una escala de tres niveles de securitización: «no-politizado», «politizado» y «securitizado» (*securitized*). Así, en el momento en que el que un asunto se «securitiza», al considerarse una amenaza existencial que exige medidas extraordinarias, el «actor securitizador» gozaría de plena libertad y legitimidad para llevar a cabo medidas y tomar decisiones que en tiempos de paz no hubiesen sido toleradas. Según José F. Alcántara, esto sucede porque el miedo que nace de la incertidumbre que se logra transmitir a la sociedad a través de los discursos de securitización la convierte en más moldeable y permisiva, lo que la hace confiar casi ciegamente en la fuerza del Estado para preservar el orden y luchar contra esa amenaza (Alcántara, 2008, pág. 79; Özcan, 2013, pág. 10; Buzan & Hansen, 2009, pág. 214).

Este proceso de securitización habría comenzado tras el fin de la Guerra Fría, momento en que la seguridad se dejó de percibir como un asunto militar y pasó a considerar nuevas realidades como relativas a la seguridad. Así, por ejemplo, el Informe de Desarrollo Humano de 1993 puso de manifiesto una nueva dimensión de seguridad, la seguridad humana, al afirmar que «*el concepto de seguridad debe cambiar de un enfoque exclusivo en seguridad nacional y hacer mayor hincapié en la seguridad de las personas*» (PNUD, 1993, pág. 2). Este informe proponía un cambio del concepto tradicional de seguridad de ausencia de conflictos militares (seguridad militar), basada en la seguridad del Estado, a un concepto de seguridad basada en el individuo, entendiendo por seguridad un bien público (PNUD, 1993, pág. 2; Buzan & Hansen, 2009, pág. 4; Özcan, 2013, pág. 6).

En este contexto, la respuesta estadounidense contra los actores no estatales de Al-Qaeda y el Movimiento Talibán manifiesta el cambio de objeto referente de la seguridad del Estado al individuo que siguió al fin de la Guerra Fría, tal y como considera la Escuela de Copenhague (Özcan, 2013, pág. 7). Desde la década de 1990, el terrorismo y la insurgencia han pasado a concebirse como amenazas a la seguridad humana, dado que ya no solo atentan contra la infraestructura del Estado, sino también y especialmente contra sus habitantes. De esta manera, en un intento por liberar a sus ciudadanos de restricciones físicas y humanas, como la guerra o la amenaza de guerra, que les impidan llevar a cabo aquello que libremente eligen, Estados Unidos ha optado por una guerra con drones desde el aire: una guerra que libra de riesgos no sólo a sus soldados, al luchar en la distancia, sino que también busca proteger a los individuos que habitan dentro de sus fronteras (Booth, 1991, pág. 319). A los ojos de Estados Unidos, la seguridad estatal equivale a aquella de sus ciudadanos. Por tanto, el terrorismo se considera como una amenaza de vital importancia, puesto que dada su preferencia por víctimas civiles,

amenaza directamente la seguridad y la capacidad de los individuos de vivir sus vidas en paz (Afzal, Iqbal, & Inayat, 2012, pág. 194)

En relación con lo anterior, con los drones asistimos también a un aumento de la individualización de la seguridad, puesto que con ellos no sólo se busca defender a los ciudadanos estadounidenses, sino que, además, se pretende acabar con una amenaza no tradicional más violenta, que ya no adopta la forma de ejército convencional, sino de individuos organizados, con los que se busca acabar uno a uno a través de la estrategia de asesinatos selectivos (Oliveira Martins, 2013, pág. 3).

9. Metodología

Nuestro estudio se basará en el análisis de literatura, en su mayoría, secundaria adquirida a partir de diferentes fuentes de información, como bases de datos bibliográficas, repositorios académicos y motores de búsqueda de Internet. Asimismo, nuestro estudio contará con un apartado de análisis cuantitativo en el que se enfrentarán los datos del número de ataques de drones estadounidenses, obtenidos de New America Foundation, y el número de atentados terroristas, recopilados por Global Terrorism Database (GTD). Estos datos se clasificarán por provincias pakistaníes afectadas y por los años comprendidos en nuestro periodo de estudio con el fin de obtener gráficas que permitan analizar el impacto de los drones sobre el terrorismo en Pakistán. Además, el análisis de la información académica recopilada nos servirá para conocer qué variables relacionadas con el uso de drones de combate podrían llevar al aumento y a la perpetuación del fenómeno terrorista en Pakistán. Para todo ello emplearemos un enfoque deductivo. Así, se comenzará por el análisis de la naturaleza de la amenaza que pretenden combatir los drones estadounidenses de combate en Pakistán. Seguidamente, se analizará la situación del terrorismo y el uso de la tecnología en este Estado, junto con los diferentes retos a los que se deberá enfrentar toda campaña antiterrorista en la región. Más tarde, analizaremos la efectividad y el impacto de los drones de combate en Pakistán y las diferentes variables que influyen en este proceso.

10. Limitaciones

El presente Trabajo de Fin de Grado se trata de un trabajo académico realizado a partir de datos e información de carácter, en su mayoría secundario. Somos conscientes, por tanto, de que nuestro trabajo cuenta con ciertas limitaciones que podrían subsanarse al realizar un trabajo de campo sobre el terreno y así obtener información primaria sobre la que basar nuestro análisis. Asimismo, la campaña de drones estadounidense en Pakistán permanece clasificada hasta nuestros días, por lo que tenemos conocimiento de que la información y los datos sobre los que nos basamos para defender nuestra hipótesis podrían no corresponderse con la realidad al cien

por cien. Los datos que empleamos fueron recogidos por New America Foundation a partir de informes y noticias de carácter fiable. No obstante, dado que los ataques de drones suceden en áreas donde no existe cobertura de medios de comunicación, son los únicos datos disponibles hasta la fecha y, por tanto, los también únicos que permiten realizar un análisis sobre el tema.

CAPÍTULO II

TERRORISMO E INSURGENCIA

Uno de los grandes dilemas a los que se enfrentan los gobiernos, analistas y estudiosos de política internacional en todo el mundo radica en la clasificación de aquellos grupos que emplean la violencia con fines políticos. Hasta hace relativamente poco tiempo, los fenómenos del terrorismo y de la insurgencia formaban parte de dos esferas claramente diferenciadas. No obstante, el avance tecnológico asociado al fenómeno de la globalización ha provocado un importante cambio en la manera de hacer política y de llevar a cabo la violencia. El nuevo contexto religioso, social, cultural y económico propio de un mundo globalizado conforma el escenario en el que tienen lugar las nuevas formas de violencia política y guerra irregular: una nueva forma de hacer la guerra que muchos han llegado a clasificar como guerra híbrida, dado que la línea entre terrorismo e insurgencia se encuentra cada vez más borrosa (Kiras, 2006, pág. 187). Con el fin de redibujar esta línea divisoria de forma más clara y categorizar al grupo conformado por Al-Qaeda y al Movimiento Talibán pakistaní objetos de este estudio, creemos necesario conocer las características tanto del terrorismo como de las insurgencias.

El fenómeno de la insurgencia se podría definir como un movimiento organizado y prolongado que busca derrocar o debilitar la legitimidad de un gobierno constituido (o grupo de Estados o poderes ocupantes) por medio de la subversión y el conflicto armado (United States Marine Corps, 2012, pág. 1; Metz, 2007, pág. 5; Kilcullen, 2006, pág. 111). La insurgencia contemporánea, a diferencia de la clásica, tal y como explica David Kilcullen, se trata de una insurgencia de resistencia, que no busca ganar el control del Estado o de una parte de él, sino que su objetivo es el de paralizar, fragmentar y desacreditar al Estado por medio de la provocación y del agotamiento (Kilcullen, 2006, págs. 112-120).

Por otro lado, a pesar de que el término ‘terrorismo’ se emplea con cierta frecuencia en los círculos políticos y académicos, e incluso en los medios de comunicación, hasta la fecha no existe ninguna definición del fenómeno terrorista que goce del consenso de la Comunidad Internacional en su conjunto. La expresión «*one man’s terrorist is another man’s freedom fighter*» –lo que para unos es un terrorista, para otros es un luchador por la libertad, en español– resume el mayor obstáculo al que

se enfrenta la Comunidad Internacional a la hora de establecer una única definición del fenómeno terrorista.

Según Jeffrey D. Simon, existen alrededor de 212 definiciones de terrorismo en todo el mundo. 90 corresponden a definiciones oficiales de gobiernos e instituciones internacionales (Simon, 1994). Entre ellas, una de las definiciones más representativas es la de la Resolución 49/60 de la Asamblea General de las Naciones Unidas del 17 de febrero de 1995.

Los actos criminales con fines políticos concebidos o planeados para provocar un estado de terror en la población en general, en un grupo de personas o en personas determinadas son injustificables en todas las circunstancias, cualesquiera sean las consideraciones políticas, filosóficas, ideológicas, raciales, étnicas, religiosas o de cualquier otra índole que se hagan valer para justificarlos (Declaración sobre las medidas para eliminar el terrorismo internacional, Resolución A/RES/49/60, 1995).

Al igual que la gran mayoría de definiciones de carácter oficial de gobiernos e instituciones, la definición de las Naciones Unidas tipifica los actos específicos que podrían ser calificados como terrorismo, pero no define qué es terrorismo. Por este motivo, creemos conveniente completar este estudio con una definición académica. En esta investigación se tomará como referencia la definición del experto internacional en terrorismo Bruce Hoffman:

Terrorismo es la creación y explotación deliberada del miedo por medio de la violencia o de la amenaza de la misma con el objetivo de conseguir un cambio político. Todos los actos de terrorismo implican la violencia o la amenaza de violencia. Los actos de terrorismo están específicamente diseñados para producir efectos psicológicos mucho más allá de la víctima(s) u objetivo(s) inmediatos del ataque terrorista. Su intención es provocar miedo, y por lo tanto intimidar, a una audiencia objetivo más amplia, que podría incluir un grupo rival étnico o religioso, un país entero, un Gobierno nacional o partido político, o la opinión pública en general. El terrorismo se diseña para crear poder donde no existe ninguno o para consolidarlo donde este es muy reducido. A través de la publicidad generada por su violencia, el terrorismo busca obtener la influencia y el poder de los que de otra forma carecería para efectuar un cambio político a nivel local o internacional (Hoffman, 2006, pág. 43).

Si tomamos como punto de partida la definición anterior, junto con otras definiciones académicas de expertos como David Claridge, Walter Laqueur y el estudio terminológico de Schmid y Jongman, podemos definir el fenómeno terrorista como el uso o amenaza de violencia física y/o simbólica calculada por parte, principalmente, de grupos no estatales con el fin de generar miedo por razones

políticas, religiosas o ideológicas. Este terror se suele orientar primordialmente hacia objetivos simbólicos no combatientes con el fin de lograr la máxima publicidad posible (Claridge & Hoffman, 1998, pág. 9; Laqueur, 1987, pág. 143; Schmid & Jongman, 1988; Hoffman, 2006).

A partir de las definiciones anteriores se pueden extraer algunas características comunes, así como algunas de las particularidades más destacadas del terrorismo y de la insurgencia. Ambos fenómenos forman parte de la llamada guerra irregular, en la que, a diferencia de la guerra convencional, intervienen adversarios asimétricos y en la que los más débiles, casi siempre grupos subestatales, tratan de provocar un cambio político por medio de una lucha más efectiva que aquella que lleva a cabo el enemigo estatal. Como explicábamos en el capítulo anterior, este enfrentamiento entre un Estado y un grupo subestatal o no estatal pone de manifiesto que el Estado ha dejado de ser el único actor en el escenario internacional ante la aparición de actores no estatales, quienes ostentan un grado de poder e influencia que, en algunos casos, puede equipararse o incluso superar a aquel del propio actor estatal.

Además, tanto en el caso del terrorismo como de la insurgencia, la violencia se orienta hacia fines políticos, por lo que que ambos fenómenos se clasificarían como movimientos de violencia política. Por tanto, terroristas e insurgentes buscan alcanzar un resultado político a partir del uso de la fuerza, de tal manera que los actos de violencia que se cometen en el marco de estos movimientos se legitiman en gran medida por su naturaleza política (Kiras, 2006, pág. 187; Merari, 1993, pág. 213).

A pesar de contar con fines comunes, el terrorismo y la insurgencia cuentan con particularidades concretas que resultarán clave a la hora de clasificar aquellos grupos que emplean la violencia política.

La primera gran diferencia se encuentra en el tamaño de las unidades de combate. Mientras que la insurgencia suele operar en unidades medianas irregulares en forma de pelotones, batallones o grupos, los grupos terroristas suelen operar en unidades pequeñas de hasta diez personas o de forma individual (Merari, 1993, pág. 225).

Las armas empleadas en las insurgencias también difieren de las empleadas por los grupos terroristas tradicionales. Estos últimos suelen emplear pistolas, granadas de mano, fusiles de asalto, junto con armamento especializado, como bombas caseras, coches bomba, bombas de control remoto y dispositivos sofisticados que operan por presión barométrica. Sin embargo, los grupos insurgentes suelen emplear primordialmente armamento ligero común de infantería y, en algunas ocasiones, piezas de artillería (Merari, 1993, pág. 226).

Asimismo, el terrorismo y la insurgencia se diferencian en sus tácticas. Mientras que los grupos terroristas suelen llevar a cabo tácticas especializadas, como secuestros, asesinatos, atentados con coches bomba, asaltos y tomas de rehenes, entre otros, la insurgencia suele emplear tácticas de guerrilla irregulares y asimétricas, especialmente las tácticas de ataque y retirada (*hit and run*) y emboscadas (Kiras, 2006, pág. 188; Merari, 1993, pág. 225).

Los objetivos de violencia también son un elemento de diferenciación entre ambos fenómenos, ya que el terrorismo suele romper sistemáticamente las leyes de la guerra y el derecho internacional por medio del empleo de una violencia indiscriminada que no distingue entre combatientes y no combatientes, objetivos duros y blandos ni, especialmente en el caso del terrorismo internacional, reconoce zonas libres de la acción terrorista. Por tanto, el terrorismo suele contar con múltiples objetivos, tanto civiles como militares, entre ellos, particularmente oponentes políticos o figuras simbólicas del Estado enemigo. Muy por el contrario, las insurgencias suelen llevar a cabo un conflicto de baja intensidad en el que se priorizan los ataques a las fuerzas militares y de seguridad, la administración del Estado y, en ocasiones, adversarios políticos. Los movimientos insurgentes suelen reconocer zonas de guerra dentro del país inmerso en el conflicto (Merari, 1993, pág. 227; Kiras, 2006, pág. 188).

Las diferencias de objetivos entre el terrorismo y la insurgencia se encuentran directamente relacionadas con el impacto pretendido por los dos fenómenos. Mientras que la insurgencia busca el desgaste físico del enemigo bajo la doctrina de «guerra hasta la victoria final», el terrorismo busca el impacto, terror y el control psicológico en las víctimas y del público en su conjunto, priorizando el efecto y la publicidad del acto por encima de las bajas civiles (Merari, 1993, pág. 227; Kiras, 2006, pág. 188).

Por último, conviene destacar otras dos diferencias clave entre el terrorismo y la insurgencia. Por su lado, el terrorismo no prioriza la obtención de un estatus legal, mientras que la insurgencia sí que lucha por la legitimidad internacional. Al mismo tiempo, la insurgencia busca el control físico total o parcial del territorio como elemento indispensable en la estrategia insurgente de guerrillas. Este territorio contribuye de forma decisiva a la supervivencia de una insurgencia, dado que servirá como base logística y de infraestructuras, así como fuente de arsenal humano de donde partirán las actividades de reclutamiento. Muy por el contrario, los grupos puramente terroristas no buscarán el control del terreno ni cuentan con una base territorial, sino que priorizarán el control psicológico e inmaterial, imponiendo su voluntad sobre la población en su conjunto, por medio del miedo y de la intimidación, sin atender a líneas fronterizas (Merari, 1993, pág. 227; Kiras, 2006, pág. 188).

Hasta aquí podría parecer que los fenómenos del terrorismo y de la insurgencia, aunque con objetivos comunes, constituyen movimientos completamente independientes. No obstante, el estudio de estos fenómenos se complica en el momento en que estos se fusionan y el terrorismo se comienza a emplear como una táctica, entre muchas otras, dentro de los grupos insurgentes. Esto se debe a que el terrorismo cuenta con ciertas características particulares que, bien empleadas, podrían servir a los insurgentes para estar más cerca de su objetivo. Entre estas características se encuentra el elemento psicológico, que otorga la capacidad de minar la moral enemiga e influir sobre una sociedad, o sobre parte de ella, por medio del control psicológico o del terror. Al mismo tiempo, este miedo se podría extender a las filas del enemigo de forma coercitiva gracias al elemento de intimidación propio del terrorismo, que obliga necesariamente a los individuos a posicionarse frente al conflicto. Por estos motivos, numerosos grupos insurgentes han empleado a lo largo de la historia el terrorismo en el plano operativo con el fin de disuadir a aquellos, nacionales y extranjeros, que apoyan al gobierno calificado como enemigo. En el caso de que una insurgencia busque acabar con el apoyo exterior a un gobierno, esta sacará partido del elemento de propaganda propio del terrorismo que garantiza acaparar la atención con una cobertura masiva de los medios de comunicación. Aquí, el terrorismo sirve como una forma de proyectar el poder insurgente a largo alcance contra fuerzas e individuos extranjeros que apoyan el gobierno contra el que combaten (Kiras, 2006, pág. 192; Merari, 1993, pág. 232).

Por otro lado, el terrorismo también ayuda a los insurgentes a crear un entorno de violencia e inseguridad que acabe con la confianza pública en el gobierno, ya que el terrorismo como estrategia de caos tiende a provocar respuestas represivas por parte del gobierno, lo que le hace parecer injusto e incapaz de solucionar los problemas internos a los ojos de los ciudadanos, de tal manera que al mismo tiempo que desaparece la confianza en el gobierno puede aumentar el apoyo a los terroristas o insurgentes y hacia la causa que defienden (Kiras, 2006, pág. 192; Merari, 1993, pág. 232).

En este punto, una de las principales preocupaciones de la Comunidad Internacional relacionada con esta fusión entre terrorismo e insurgencia es la posibilidad de que aquellos movimientos insurgentes capaces de hacerse con el control de un Estado pudieran apoyar y, de hecho, hoy en día, están apoyando redes terroristas transnacionales que comparten su ideología y visión del mundo. Esto significa que la insurgencia y el terrorismo ya no aparecen como fenómenos autónomos e independientes el uno del otro (Kiras, 2006, pág. 192).

En este contexto y buscando dilucidar las diferencias entre terrorismo e insurgencia, el sociólogo francés Michel Wieviorka llevó a cabo un estudio en los años ochenta que buscaba explicar la evolución de un grupo insurgente hacia un grupo terrorista. En este estudio, comprobó que los terroristas actúan de forma independiente de los movimientos sociales de los que se originaron y de

las sociedades a las que se enfrentan. Así, Wieviorka emplea el término «antimovimiento social» para describir la fase intermedia entre los movimientos sociales legítimos y el terrorismo. Los «antimovimientos sociales», según Wieviorka, emplean la violencia al mismo tiempo que mantienen cierta relación de asociación con el movimiento social del que se originaron. No obstante, en el momento en que este vínculo desaparece, se produce lo que Wieviorka llama «inversión», el proceso por el cual un militante se convierte en terrorista. En este punto, la violencia de los actores terroristas deja de estar dotada de sentido, es decir, deja de buscar un fin político racional. En su lugar, esta violencia sustituye a la ideología del movimiento social de origen (Morris F., 2005, pág. 43; Wieviorka, 2003, págs. 3-41).

Aunque las conclusiones de Wieviorka no nos proporcionan definiciones operativas de terrorismo e insurgencia, su estudio nos ofrece una nueva forma de diferenciación entre ambos fenómenos. Su teoría establece que el grado de vinculación entre un determinado grupo radical y su movimiento social de origen determina lo que Wieviorka llama «terrorismo puro». De aquí se podría deducir que aquellas organizaciones que todavía no se han «invertido» y que, por lo tanto, mantienen una relación con un importante sector de la sociedad no sólo constituyen «antimovimientos sociales», sino también insurgencias potenciales (Morris F., 2005, pág. 43; Wieviorka, 2003, págs. 61-77).

En este punto, una vez se ha debatido sobre la distinción entre insurgencia y terrorismo, creemos necesario analizar el grupo Al-Qaeda y el Movimiento Talibán en función de los parámetros anteriores con el fin de categorizar a estos movimientos como grupos terroristas o grupos insurgentes. Creemos que este constituye el primer paso y el más importante a la hora de confeccionar una estrategia efectiva de defensa y contraataque, puesto que en función de nuestras conclusiones, calificaremos a esos grupos bien como insurgencias o bien como grupos terroristas, las tácticas y estrategias que se deberán emplear frente a ellos para minar y acabar con sus actividades resultarán diferentes.

Tradicionalmente, los círculos políticos y académicos, incluso los principales medios de comunicación, especialmente occidentales, han calificado a Al-Qaeda como un grupo terrorista. Esta afirmación se basa en el hecho de que Al-Qaeda constituye un actor no estatal ilegal cuyos objetivos cuentan con carácter político, religioso e ideológico, tal y como muestran algunas fatwas que urgen a la eliminación de los regímenes islámicos acusados de herejías religiosas. Además, Al-Qaeda permanece en la mente de muchos por sus llamativos ataques contra civiles, como fue el caso del atentado contra el World Trade Center en Nueva York el 11 de septiembre de 2001. Hasta aquí, los objetivos y los blancos de violencia coincidirían con la definición de terrorismo, puesto que Al-Qaeda, como grupo no estatal, emplearía la violencia física calculada con el fin de generar miedo

por razones políticas, religiosas o ideológicas y orientaría este terror hacia objetivos simbólicos no combatientes con el fin de lograr la máxima publicidad posible (Morris F., 2005, pág. 43).

No obstante, a diferencia de los grupos puramente terroristas, que se caracterizan por la naturaleza indirecta de sus objetivos, esto es, buscan ejercer influencia política a través de la intimidación y de la violencia normalmente dirigida contra no combatientes, los objetivos de Al-Qaeda son claramente directos: capturar, mantener y gobernar sobre un territorio al mismo tiempo que llevan a cabo ataques genocidas (Berger, 2014). Además, los objetivos políticos de esta organización se centran sobre gobiernos constituidos; Al-Qaeda busca acabar con los regímenes considerados enemigos con el fin de sustituirlos por un régimen alternativo: el Califato. De esta manera, sus objetivos políticos no sólo se limitan a los regímenes islámicos de Oriente Medio, sino que están dirigidos contra el resto de los gobiernos del planeta. Así, por ejemplo, esto se ha traducido en la lucha de Al-Qaeda contra Estados Unidos, con el fin de que esta superpotencia quede debilitada y no pueda seguir apoyando a sus aliados musulmanes «apóstatas» en el extranjero. Aquí, entonces, Al-Qaeda se podría entender como un *«movimiento organizado y prolongado que busca derrocar o debilitar la legitimidad de un gobierno constituido por medio de la subversión y el conflicto armado»* y, por tanto, podría clasificarse como un grupo insurgente (Morris F., 2005, pág. 43).

Atendiendo al tamaño de las unidades de combate, Al-Qaeda cuenta con alrededor de 100 «creyentes verdaderos» (*true believers*) en el núcleo duro de la organización, aunque en Afganistán se calcula que entrenó a unos 18.000 luchadores, quienes más tarde se han dispersado por todo el mundo en alrededor de 60 países diferentes (Hoffman, 2004, pág. 552). De este pequeño ejército, unos 3.000 individuos forman parte de la verdadera tropa de Al-Qaeda (Gunaratna, 2002, pág. 8). Además, tal y como destaca J.M. Berger, hoy en día existe un número de individuos luchando con alguna de las organizaciones en alianza reconocida con Al-Qaeda muy superior al que tenía el grupo antes del ataque del 11 de septiembre. Al fin y al cabo, un número de combatientes muy superior que durante el resto de su historia (Berger, 2014). Asimismo, aunque la estructura relativamente celular del núcleo duro de la organización se asemeja a la de un grupo típicamente terrorista, la escala y el enfoque de sus militantes convencidos podrían recordar más bien a una insurgencia repartida por todo el mundo. Además, Al-Qaeda comparte también con los grupos insurgentes su secretismo, puesto que cuenta con una infraestructura encubierta con el fin de poner en práctica el control del entorno humano. Asimismo, tal y como escribe Morris F., *«cuando la organización gozaba de espacio político para operar libremente en Afganistán, Al-Qaeda llevó a cabo sus operaciones de forma relativamente encubierta, tal y como suelen hacer los grupos insurgentes»* (Morris F., 2005, pág. 43).

Por otro lado, aunque los actos que más se suelen recordar de Al-Qaeda se relacionan directamente con tácticas terroristas, como los del 11 de septiembre, desde 2001, algunos luchadores alineados a las filas de la organización en Yemen, Somalia y Mali están empleando cada vez con más frecuencia tácticas insurgentes. Sin embargo, aunque los ataques terroristas sean los que más impacto produzcan, según J. M. Berger, desde 2001 hasta hoy en día, tan sólo el 1 % de las víctimas de Al-Qaeda se han cobrado por medio de ataques terroristas, mientras que la mayoría de ellas han perdido sus vidas como consecuencia de la actividad insurgente en Siria, Iraq, Yemen y Mali durante el mismo periodo (Berger, 2014).

En relación con las armas empleadas por Al-Qaeda, se ha documentado el empleo de cohetes F5, Kalashnikovs modelo AK104, pistolas-morteros y granadas propulsadas por cohetes, lo que se asemejaría al armamento empleado por los grupos terroristas tradicionales (Matarese, 2013). Asimismo, numerosos círculos académicos han constatado la intención de Al-Qaeda de hacerse con armas de destrucción masiva y se cree en la posibilidad de que hoy en día, concretamente Al-Qaeda en Irak, cuente con armas químicas, al menos en fase experimental (CBS News, 2013; BBC News, 2013; Daniels, 2013).

Tabla 1 - Comparativa de Al-Qaeda: ¿insurgencia o terrorismo?

	TERRORISMO	INSURGENCIA	AL-QAEDA	CALIFICACIÓN
Tamaño de unidades de combate	Pequeñas de hasta diez personas o individual	Medianas, irregulares (pelotones, batallones o grupos)	100 adeptos (núcleo duro), 18.000 en Afganistán Actos terroristas individuales	Insurgencia y terrorismo
Armas empleadas	Pistolas, granadas de mano, fusiles de asalto, armamento especializado (bombas caseras, coches bomba...)	Armamento ligero común y piezas de artillería	Cohetes F5, Kalashnikovs modelo AK104, pistolas-morteros y granadas propulsadas. ¿ADM?	Insurgencia y terrorismo
Tácticas	Especializadas (secuestros, asesinatos, atentados con coches bomba, asaltos, toma de rehenes)	De guerrilla, irregulares y asimétricas. Tácticas de ataque y retirada y emboscadas.	Irregulares Especializadas (lobos solitarios, suicida)	Insurgencia y terrorismo
Objetivos de violencia	Civiles y militares. Oponentes políticos, figuras simbólicas del Estado enemigo.	Fuerzas militares y de seguridad, administración del Estado, adversarios políticos.	Civiles (World Trade Center) Civiles (París 2015)	Terrorismo
Estatus legal	No	Sí	No	Terrorismo
Control del territorio	No	Sí	No	Terrorismo
Objetivos inmediatos	Control psicológico e inmaterial, terror, miedo, intimidación	Control material, desgaste y derrocamiento de un gobierno constituido por medio de la subversión y el conflicto armado	Acabar con los regímenes enemigos con el fin de sustituirlos por un régimen alternativo: el Califato. Debilitar poder EE.UU.	Insurgencia

Fuente: elaboración propia a partir de datos obtenidos de BBC News (2013); Berger, J (2014); CBS News (2013); Gunaratna, R (2002); Hoffman B. (2004), Kiras J.D. (2006), Merari, A. (1993) y Morris F., M. (2005).

Además, según los principios de Wieviorka, Al-Qaeda se podría considerar una organización que todavía no se ha «invertido» ni se ha convertido en una organización puramente terrorista, puesto que, mientras que *«el método de martirio del grupo, que refleja la ideología radical del mentor espiritual palestino de Bin Laden, Abdallah Azzam, resulta apocalíptica a los ojos de Occidente, está en consonancia con al menos la versión de la tradición religiosa islámica de la yihad»* (Morris F., 2005, pág. 44). Por tanto, tal y como explica Morris F., se podría considerar que Al-Qaeda no ha sufrido un alejamiento considerable de sus propias normas sociales. Asimismo, la popularidad de la que gozaba Bin Laden en el mundo musulmán y la relativa ausencia de condena de las actividades del grupo por parte de clérigos islámicos parecen sugerir que Al-Qaeda mantiene cierto vínculo con determinados sectores de su circunscripción social. Por tanto, este apoyo popular, indica que la organización se encuentra todavía en la fase de «antimovimiento» en vez de ser un grupo terrorista alejado de la población que dice representar y, así, se podría considerar que se acerca más a la definición de insurgencia (Morris F., 2005, pág. 44).

Esta última descripción, ofrece una visión novedosa al mismo tiempo que necesaria sobre el análisis de Al-Qaeda, puesto que tradicionalmente los círculos políticos han optado por analizar la naturaleza de la organización centrándose en un momento específico en el tiempo, en vez de examinar al grupo en su transición. Así, los estudios centrados en lo que Al-Qaeda una vez fue y que quizá vuelva a ser en el futuro, una organización cuya prioridad consiste en llevar a cabo actos terroristas, han llevado a grandes errores de análisis. Al-Qaeda ha evolucionado desde 2001. Al-Qaeda ya no es una, sino múltiples organizaciones repartidas por todo el mundo, como Al-Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), Al-Qaeda en Yemen (AQY), Al-Qaeda del Magreb Islámico (AQMI), al Shabab, Jabhat al Nusra y una serie de organizaciones agrupadas bajo la etiqueta de «en alianza con Al-Qaeda» (Berger, 2014). Desde 2001, Al-Qaeda ha pasado de ser un grupo terrorista independiente a un movimiento de lucha de gran alcance que lleva a cabo insurgencias, recluta combatientes extranjeros para luchas en conflictos, recauda fondos y, además, lleva a cabo actos terroristas, que quizá sean el componente al que destina menos recursos (Berger, 2014). No obstante, muchos círculos políticos y académicos, aunque especialmente los medios de comunicación, han preferido optar por calificar a Al-Qaeda como grupo terrorista, dada la carga política y emocional del término «terrorismo». Así, por ejemplo, el periódico estadounidense *New York Times* suele referirse a Al-Qaeda como *«la organización terrorista más infame del mundo»* (Hubbard, 2014), cuando en realidad sería más preciso afirmar que Al-Qaeda es el *«primer movimiento insurgente global»* y quizá *«el grupo militante islámico más mortífero que se ha creado durante los últimos 25 años»* (Morris F., 2005, págs. 47,49).

A diferencia de Al-Qaeda, el Movimiento Talibán se ha calificado generalmente como un grupo insurgente. Aunque este grupo se ha asociado tradicionalmente a Afganistán, desde 2001 su base

territorial parece cada vez más difusa entre Afganistán y Pakistán. De hecho, algunos autores distinguen entre los antiguos talibanes, el movimiento originario que gobernaba Afganistán en los años noventa, y los nuevos talibanes, que comenzaron a aparecer tras la intervención estadounidense en Afganistán en 2001 y que provocó el desplazamiento y la consiguiente reagrupación de los talibanes en las áreas tribales fronterizas de Pakistán. Asimismo, antes de comenzar nuestro análisis, conviene diferenciar entre el Movimiento Talibán afgano (conocido como Emirato Islámico de Afganistán, nombre que emplearon al tomar Kabul en 1996) y el pakistaní (Tehrik-i-Taliban Pakistan o Emirato Islámico de Waziristán). Tehrik-i-Taliban Pakistan (TTP) constituye un grupo distinto desde el punto de vista organizativo y sus fines, historia y liderazgo difieren en gran medida del Movimiento Talibán afgano. No obstante, ambos grupos comparten una misma interpretación del islam y constituyen movimientos mayoritariamente pastunes (Hlouchová, 2011).

Dado que este Trabajo de Fin de Grado tiene por marco geográfico Pakistán, donde encuentran refugio tanto los militantes del Movimiento Talibán afgano como del pakistaní, las expresiones «Movimiento Talibán» y «talibanes» harán referencia de ahora en adelante a ambos grupos, puesto que a los ojos de las operaciones de drones estadounidenses en Pakistán ambos recaen sobre una misma categoría de objetivos que recibe el nombre de «talibán».

Al igual que Al-Qaeda, el Movimiento Talibán persigue objetivos políticos y religiosos. El Movimiento Talibán afgano y el pakistaní buscan aplicar la ley de la sharia y unir fuerzas para luchar contra las tropas de la OTAN en Afganistán. En particular, TTP pretende, además, llevar a cabo una «*yihad defensiva contra el ejército pakistaní*», acabar con las operaciones militares en el distrito de Swat y en la Agencia Waziristán del Norte, eliminar todos los controles fronterizos en las Áreas Tribales de Administración Federal (FATA, por sus siglas en inglés) y, ante todo, acabar con el gobierno pakistaní por medio de la violencia (Abbas, 2008, pág. 1). Esto llevaría al fin de las alianzas del gobierno de Pakistán con Estados Unidos relacionadas con la Guerra Contra el Terror, que se cree que han perjudicado gravemente al país y, especialmente, al Movimiento Talibán (Abbas, 2008, pág. 1). Estos objetivos hacen del Movimiento Talibán un movimiento insurgente, puesto que concuerda con la definición de insurgencia como un movimiento organizado y prolongado que busca derrocar o debilitar la legitimidad de un gobierno constituido por medio de la subversión y el conflicto armado.

En cuanto a las armas, el Movimiento Talibán emplea morteros, explosivos plásticos, granadas de mano, misiles FIM-92A Stinger y SA-7, entre otras, lo que acerca al movimiento a los grupos terroristas (FAS, 2014; The Washington Times, 2007; Channel 4 news, 2010). De manera similar, las tácticas empleadas por los talibanes, tanto afganos como pakistaníes, son características de una guerra asimétrica, en la que la velocidad, la sorpresa, la movilidad y la flexibilidad resultan factores

clave para la supervivencia del grupo. Aunque bien es cierto que las tácticas de este movimiento varían en gran medida de un lugar a otro, en función de la geografía, demografía y la densidad de la presencia de fuerzas de la coalición, el Movimiento Talibán se caracteriza por el empleo de emboscadas, sabotajes, bombardeos suicidas y asesinatos (Meyerle & Malkasian, 2009, pág. 2; Hlouchová, 2011). Asimismo, estas tácticas suelen tener por blancos principales las fuerzas gubernamentales y de seguridad, tanto de Afganistán como de Pakistán. No obstante, en ocasiones los ataques terroristas perpetrados por el Movimiento Talibán, siendo empleados como táctica de entre un repertorio, se cobran algunas víctimas inocentes, normalmente como daños colaterales. Estas víctimas civiles son el resultado de la explosión de artefactos explosivos improvisados (IED) o bombardeos suicidas (Hlouchová, 2011). Por tanto, los blancos de violencia coinciden con los de un movimiento típicamente insurgente, dado que los ataques talibanes suelen dirigirse a objetivos duros: fuerzas gubernamentales y de seguridad.

El tamaño de las unidades de combate del Movimiento Talibán ha sufrido ligeros cambios desde 2002. Así, de 2002 a 2005, según explican Meyerle y Malkasian, los talibanes solían operar en grupos pequeños en áreas remotas de Pakistán y Afganistán. Más tarde, a partir de 2005 pasaron a unirse en grupos medianos de un mayor número de militantes cerca de los núcleos de población (Meyerle & Malkasian, 2009, pág. 2). A pesar de estos cambios, los talibanes han mantenido el empleo de tácticas irregulares propias de un movimiento insurgente.

Además, conviene destacar dos aspectos del Movimiento Talibán que lo diferencian de otros grupos como Al-Qaeda. En primer lugar, tanto el Movimiento Talibán afgano como el pakistaní buscan y, de hecho, ejercen cierto control territorial, es decir que cuentan con bases territoriales dentro del Estado en el que operan. Así, por ejemplo, numerosos pueblos remotos y valles alejados de los núcleos principales de población en Pakistán y Afganistán, donde apenas existe presencia gubernamental, constituyen la base territorial del Movimiento Talibán. Estas bases sirven especialmente para almacenar armamento, proporcionar atención médica a los combatientes heridos, planear nuevos ataques y sirven también como plataformas de lanzamiento para operaciones de ataque contra regiones más alejadas. Asimismo, uno de los grandes objetivos del Movimiento Talibán, especialmente del afgano, es recuperar el territorio perdido en las provincias del sur, así como reforzar su liderazgo y unidad por todo el país (Hlouchová, 2011; Meyerle & Malkasian, 2009, págs. 3-4).

En segundo y último lugar, asociado a su intención de recuperar sus antiguos territorios, el Movimiento Talibán busca también obtener un estatus legal, del que ya goza en algunas provincias afganas, como Kunduz - Chahar Darah and Dasht-i-Archi, donde los talibanes controlan tres de los siete distritos. Así, la recuperación de los territorios perdidos persigue el fin de ganarse el corazón y

las mentes de los locales, tratando de imponer una forma de mandato más suave que la de los años noventa. Al mismo tiempo, su intención de obtener un estatus legal se plasma en la reciente creación de una red de tribunales informales centrados en resolver las disputas territoriales pendientes en Afganistán. De esta manera, los talibanes buscan distinguirse de las autoridades locales, que han ganado en impopularidad (Donati & Sultani, 2014; Roggio, 2014).

Tabla 2: Comparativa del Movimiento Talibán: ¿insurgencia o terrorismo?

	TERRORISMO	INSURGENCIA	TALIBÁN	CALIFICACIÓN
Tamaño de unidades de combate	Pequeñas de hasta diez personas o individual	Medianas, irregulares (pelotones, batallones o grupos)	Grupos pequeños (2002-2005), grupos medianos (2005-2006)	Insurgencia
Armas empleadas	Pistolas, granadas de mano, fusiles de asalto, armamento especializado (bombas caseras, coches bomba...)	Armamento ligero común y piezas de artillería	morteros, explosivos plásticos, granadas de mano, misiles FIM-92A Stinger y SA-7	Terrorismo
Tácticas	Especializadas (secuestros, asesinatos, atentados con coches bomba, asaltos, toma de rehenes)	De guerrilla, irregulares y asimétricas. Tácticas de ataque y retirada y emboscadas.	Emboscadas, sabotajes, bombardeos, asesinatos. Terrorismo suicida. Infiltración, redadas.	Insurgencia y terrorismo
Blancos de violencia	Civiles y militares. Oponentes políticos, figuras simbólicas del Estado enemigo.	Fuerzas militares y de seguridad, administración del Estado, adversarios políticos.	Fuerzas militares y de seguridad, administración del Estado, adversarios políticos.	Insurgencia
Estatus legal	No	Sí	Sí	Insurgencia
Control del territorio	No	Sí	Sí	Insurgencia
Objetivos inmediatos	Control psicológico e inmaterial, terror, miedo, intimidación	Control material, desgaste y derrocamiento de un gobierno constituido por medio de la subversión y el conflicto armado	Imposición sharia Eliminar gobierno pakistaní Emirato Islámico Afganistán	Insurgencia

Fuente: elaboración propia a partir de datos obtenidos de Kiras J.D. (2006), Merari, A. (1993), Abbas, H. (2008), Channel 4 News (2010), Donati, J. y Sultani, F. (2014), FAS (2014), Hlouchová, I. (2011), Meyerle, J. y Malkasian, C. (2009), Roggio, B. (2014) y *The Washington Times* (2007).

Finalmente y relacionado con lo anterior, según los preceptos de Wiewiorka, al igual que Al-Qaeda, se podría calificar al Movimiento Talibán como un «antimovimiento social», puesto que todavía mantiene estrechos vínculos con la sociedad que dice representar. Prueba de ello es su enfoque centrado en la población, basado en la creación de una administración alternativa, tanto política como judicial, la subversión de las estructuras tribales tradicionales y en el establecimiento de comités y tribunales anticorrupción. Principalmente, el Movimiento Talibán saca partido de la influencia tribal con el fin de ganar apoyo popular. Al mismo tiempo, busca enfatizar las deficiencias del gobierno constituido, junto con las desventajas de la Comunidad Internacional para así generar fondos, ganar acceso a la población y asegurar su propia posición. Por último, otra forma de garantizar su propia supervivencia consiste en cooperar con otros actores no estatales, como

grupos militantes pakistaníes para reducir los posibles ataques contra la organización en Pakistán y luchadores chechenos y asiáticos, especialmente del Movimiento Islámico de Uzbekistán (IMU, junto con Al-Qaeda (Hlouchová, 2011).

A partir del análisis anterior, consideramos que el Movimiento Talibán, al igual que Al-Qaeda, se trata de un movimiento insurgente que emplea tácticas terroristas. Como hemos visto, ambos, además, son actores no estatales involucrados en una guerra asimétrica contra un Estado, para el que suponen una amenaza de tipo no tradicional, dado que constituyen una nueva forma de organización de individuos, paralela al aparato estatal, que se aleja de la amenaza tradicional de ejércitos convencionales.

CAPÍTULO III

TECNOLOGÍA Y TERRORISMO EN PAKISTÁN

En cuestión de diez años, Pakistán ha pasado de ser un país relativamente estable a ser uno de los países más peligrosos y violentos del mundo. Así, desde los ataques terroristas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, la posterior invasión estadounidense de Afganistán y el consiguiente desplazamiento de Al-Qaeda y de los militantes talibanes afganos hacia la frontera norte de Pakistán, esta zona del planeta constituye para gran parte de la Comunidad Internacional el «epicentro del terrorismo mundial» (Yusuf, 2014, pág. 1; Ressler & Brown, 2011, pág. 51).

Así, Pakistán acoge a una miríada de grupos militantes islamistas con estructuras y objetivos diversos que emplean el escenario pakistaní con el fin de atacar a tropas internacionales operando en su vecino Afganistán o con el objeto de amenazar a objetivos occidentales en general (Yusuf, 2014, pág. 1). Entre estos grupos, nos encontramos con Al-Qaeda y el Movimiento Talibán. Según nuestro análisis en el capítulo anterior, ambos podrían calificarse, en última instancia, como grupos no estatales insurgentes. Estas organizaciones, no obstante, emplean el terrorismo como una táctica, entre muchas otras, con el fin de lograr sus objetivos políticos. Por tanto, el estudio del terrorismo en Pakistán deberá partir de la concepción de este fenómeno como una táctica –y no como estrategia– proveniente de, especialmente, dos grupos insurgentes.

La relación histórica de Pakistán con el fenómeno terrorista resulta, cuanto menos, peculiar. Numerosos expertos creen que el extremismo ahora extendido en el país tiene sus raíces, en parte, en la obsesión por la India en sus políticas de seguridad. Por ello, ante la ocupación soviética de Afganistán en los años ochenta, a fin de evitar una situación de dos frentes abiertos, el gobierno de Pakistán apoyó de forma activa a grupos extremistas islámicos con miras a que estos se hicieran

cargo de la frontera sudeste de Pakistán. Por otro lado, las agencias de inteligencia estadounidenses, pakistaníes y del sur asiático financiaron a combatientes irregulares, los llamados *mujahideen*, «guerreros de Dios» o luchadores de la yihad, para hacer frente a la invasión soviética. Las mayores consecuencias de esta estrategia se palparon en Pakistán, donde la población quedó profundamente desestabilizada. Los efectos se sintieron, sobre todo, en la frontera afgano-pakistaní (Yusuf, *Pakistan's Counterterrorism challenge*, 2014, pág. 25; Mahmood, 2005, págs. 18-28).

Desde los Acuerdos Durand de 1893, una vez la etnia pastún quedó dividida por la línea Durand (véase ilustración 1), los territorios fronterizos entre Afganistán y Pakistán ya se encontraban inmersos en una atmósfera de caos, disputas y enfrentamientos armados. En 1947, con la creación del Estado de Pakistán, Afganistán canceló todos los acuerdos anteriormente firmados con el gobierno británico de la India. Kabul proclamaba, así, su rechazo a reconocer la línea Durand como una frontera legal entre Afganistán y Pakistán. Desde entonces, el gobierno de Afganistán ha permitido a los habitantes de los dos lados de la frontera afgano-pakistaní moverse libremente por la región, haciendo de la frontera una región porosa, en la que convergen el comercio ilegal y el contrabando. Así, durante la guerra de Afganistán, la porosidad característica de las zonas fronterizas permitieron que algunos combatientes pudieran acceder de forma encubierta desde bases de apoyo en Pakistán hasta operaciones militares en Afganistán (Yusuf, *Pakistan's Counterterrorism challenge*, 2014, pág. 25; Mahmood, 2005, págs. 18-28).

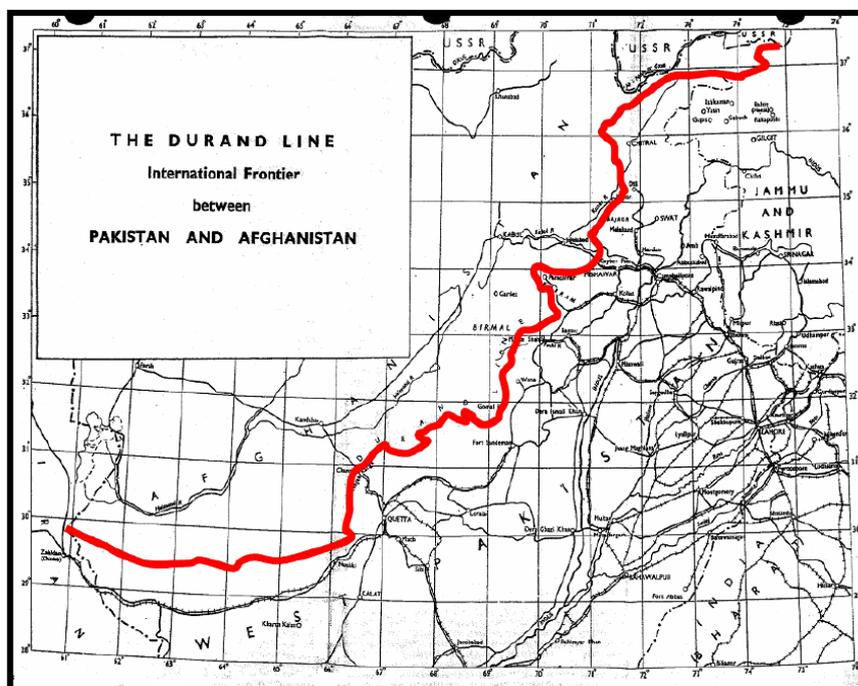


Ilustración 1: La línea Durand (en rojo)

Fuente: Mahmood, Tariq (2005), *The Durand Line: South Asia's Next Trouble Spot*, Dudley Knox Library: Monterey, California, 2005.

Como veremos en capítulos subsiguientes, esta porosidad de la frontera, además, dificulta las labores de obtención de inteligencia fiable vital para la selección y captura de objetivos insurgentes, aumentando, así, las probabilidades de error. Los errores o «daños colaterales» en el marco de la campaña de drones estadounidense son de alta importancia, dado que determinarán el grado deafección de la sociedad pakistaní con respecto a esta política. Por tanto, un alto número de errores en el proceso de captura de objetivos podrá aumentar el malestar ciudadano y, paralelamente, incrementar el apoyo de los insurgentes. Este último supuesto corroboraría nuestra hipótesis, dado que una elevada frecuencia de error en las políticas antiterroristas basadas en drones podría generar más terrorismo a largo plazo.

Por otro lado, la infinita obsesión de Pakistán por la India en sus políticas de seguridad también ha llevado al país surasiático a embarcarse en una búsqueda incansable por conseguir armamento nuclear. Para algunos, esto supone un movimiento táctico que, según numerosos científicos nucleares pakistaníes, se asemeja a la postura nuclear de la OTAN durante la Guerra Fría frente a la Unión Soviética. Tal y como escribe Shashank Joshi, la búsqueda del arma nuclear *«es la reacción inevitable de un Estado más débil, desde el punto de vista convencional, que busca negar la ventaja convencional de su adversario más poderoso»* (Joshi, 2013, pág. 162). De esta manera, la postura de escalada nuclear de Pakistán buscaría amenazar de forma creíble, según el criterio de primer uso de armas nucleares sobre las fuerzas terrestres indias, y así disuadir una acción convencional de la India contra el Estado pakistaní. Por tanto, Islamabad buscaría reducir esa diferencia asimétrica con su adversario a través de la obtención del arma nuclear, que garantizaría su propia supervivencia y seguridad ante posibles ataques procedentes de la India (Joshi, 2013, pág. 164; Narang, 2010, pág. 2).

Aunque las raíces del programa nuclear pakistaní se remontan a la década de 1960, el mayor impulso tuvo lugar a principios de los años setenta, tras la traumática derrota que sufrió este Estado frente a la India después de la guerra de liberación de Bangladesh en 1971. Impulsado por los sentimientos de pérdida del antiguo Pakistán Oriental y, especialmente, tras conocer la existencia del programa nuclear pakistaní, después del ensayo nuclear de mediados de 1970, el físico y metalúrgico Abdul Qadeer Khan ofreció a su país natal contribuir con sus conocimientos sobre armas nucleares (O. Clary, 2005, págs. 2,23). Islamabad aceptó la oferta meses después. La colaboración de Khan significaría estar un paso más cerca de lograr el sueño de «la bomba islámica». Este concepto, acuñado por el primer ministro pakistaní Zulfikar Ali Bhutto (1973-1977), arquitecto del programa nuclear pakistaní, instaba a «la civilización islámica» a desarrollar su propia bomba nuclear, como un símbolo de coraje y poder del Islam. Esta bomba, además, sería propiedad de la *umma* o comunidad musulmana, representaría la solidaridad islámica y buscaría defender al

mundo musulmán frente a las civilizaciones cristianas, judías e hindús que ya contaban con este arma (Hoodbhoy, 1993, pág. 18; Hoodbhoy, 2013, pág. 151).

Poco después de la oferta de A.Q. Khan, en octubre de 1974 y tras largas negociaciones, Pakistán logró firmar un contrato con Francia por el que el Estado europeo se comprometía a colaborar con Pakistán en la construcción de una central de reprocesamiento nuclear para enriquecer uranio. Además, Pakistán logró cerrar otro acuerdo de colaboración con la empresa belga Belgonucleaire para construir una planta de reprocesamiento nuclear que entrenaría a científicos e ingenieros. Durante este tiempo, Pakistán también cerró un acuerdo con China, por el que se le permitiría tener acceso a la tecnología occidental de Pakistán y, a cambio, Pakistán recibiría ayuda china con el objeto de perfeccionar sus capacidades de enriquecimiento. En el marco de este acuerdo, China dotó también a Pakistán con hexafluoruro de uranio, un compuesto químico empleado en el proceso de enriquecimiento de uranio y diseño de armas nucleares (Donohue, 2014, págs. 2-4). Todos estos acuerdos permitieron que Pakistán pudiese poner en marcha su proyecto de enriquecimiento durante el otoño de 1974 (International Institute for Strategic Studies, 2007, pág. 16).

Consciente de que, por aquel entonces, Pakistán contaba con débiles capacidades tecnológicas, el mayor cometido de A.Q. Khan sería incautar tecnología de enriquecimiento de uranio de su laboratorio de trabajo en los Países Bajos. De esta manera, lograría dotar a Pakistán de una capacidad endógena de producción de uranio enriquecido, necesario para producir una bomba nuclear. Khan volvió, entonces, a Pakistán y trajo consigo no sólo diseños de centrifugadoras robados, sino también, y aún más importante, una lista con decenas de empresas proveedoras de piezas y materiales de centrifugadoras. Así, tal y como explica el físico pakistaní N. M. Butt, Khan desempeñó un papel esencial en el programa de enriquecimiento de uranio pakistaní, puesto que logró que *«un país que no podía fabricar agujas de coser, buenas bicicletas o incluso carreteras asfaltadas duraderas se embarcara en el proceso de obtención de una de las últimas y más difíciles tecnologías»*: la tecnología nuclear (Butt, 2004, pág. 44; O. Clary, 2005, págs. 2,23).

Gracias al impulso de los esfuerzos de Khan, tan sólo tuvieron que pasar diez años para que Pakistán obtuviese la tecnología necesaria para producir un arma nuclear. A los ojos de los pakistaníes, Khan había creado el arma atómica que podría contrarrestar la amenaza permanente de la India. Por este motivo, las autoridades pakistaníes otorgaron a Khan un alto grado de autonomía de acción, lo que le permitió operar de forma más independiente. De esta manera, en las décadas de 1970 y 1980, tras el «experimento nuclear pacífico» de la India en 1974, cuando la búsqueda pakistaní por la bomba nuclear se volvió aún más desesperada, A.Q. Khan comenzó a solicitar a su red de proveedores materiales y componentes para su programa nuclear en Pakistán, creando, así, un sistema de

adquisición con miras a obtener materiales de todo el mundo. Esta red de aprovisionamiento, que incluía a países como Países Bajos, Alemania, Francia, Gran Bretaña y Suiza, debía generar una infraestructura científica y de ingeniería que procurase material fisible para Pakistán, evadiendo los estrictos controles europeos de exportaciones (NTI, 2014; IISS, 2007, pág. 22; O. Clary, 2005, pág. 21).

A mediados de la década de 1980, Khan desvió el flujo de productos que llegaban a Pakistán a partir de esta red de aprovisionamiento. El físico parecía solicitar más componentes de los que el programa pakistaní de enriquecimiento realmente necesitaba. El exceso de inventario, unido al avance tecnológico que había logrado su propio laboratorio, Khan Research Laboratories (KRL), le llevó a desarrollar una estrategia que convertiría a su red de proveedores de todo el mundo en una red de proliferación nuclear: un centro único de tecnología nuclear a partir de un sistema de pedido centralizado. De esta manera, la red de Khan se convirtió en proveedora de componentes nucleares para aquellos regímenes en busca de la bomba atómica, como los regímenes iraní, norcoreano y libio (O. Clary, 2005, págs. 37,38; Schuchter, 2004, pág. 113).

Desde la detención de A.Q. Khan en 2004 y la consiguiente revelación de su red de proliferación nuclear, Pakistán ha sido y sigue siendo objeto de preocupación internacional ante la posibilidad de que este Estado pueda erigirse como un foco de terrorismo nuclear. Numerosos gobiernos de todo el mundo temen que Pakistán se convierta en una fuente de bombas nucleares y de sustancias radioactivas para grupos terroristas. La fragilidad de sus instituciones, junto con la combinación existente en el país de inestabilidad, extremismo religioso y armas nucleares, hacen que Pakistán pudiera convertirse en un objetivo natural de los terroristas en su búsqueda por la bomba nuclear. De hecho, Joseph Cirincione considera a este país como el foco más importante de un futuro terrorismo nuclear, después de Rusia (Cirincione, 2004, pág. 3; Chakma, 2009, pág. 124).

Asimismo, la sociedad internacional basa sus preocupaciones por el terrorismo nuclear en Pakistán en los numerosos viajes de Khan por 18 países entre 1997 y 2003, entre los que se incluyen sus viajes a Afganistán. David Albright, antiguo inspector del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) da voz a estas preocupaciones y afirma que Afganistán podría haber desarrollado centrifugadoras de gas a partir de la red de Khan y que este y sus socios podrían haber ofrecido ayuda nuclear a Al-Qaeda o a otras organizaciones terroristas basadas en Afganistán por aquel entonces. El periódico estadounidense *USA Today* (2001) alimentó estas sospechas cuando informó de que el Movimiento Talibán y Al-Qaeda habrían contactado con al menos diez científicos nucleares pakistaníes desde 1999 (Kelly, 2001). Asimismo, se informó de que Osama bin Laden se habría reunido con dos físicos nucleares pakistaníes ya jubilados en Kabul en 2001 (Kelly, 2001;

Chakma, 2009, págs. 124-125; Albright & Hinderstein, 2005, pág. 113). El terrorismo nuclear es una de las tipologías de terrorismo y una de las amenazas más graves para la seguridad de la Comunidad Internacional. Por tanto, en un Estado nuclear como Pakistán creemos conveniente y necesario evaluar la efectividad de las políticas antiterroristas que se están llevando a cabo en el país. Si se confirmara nuestra hipótesis y las políticas antiterroristas basadas en el uso de drones crearan más terrorismo a largo plazo, una de las peores consecuencias sería el estímulo o aparición de terrorismo nuclear en la región, lo que, a su vez, generaría efectos devastadores no sólo en la población pakistaní, sino también en la Comunidad Internacional en su conjunto.

Tras el 11 de septiembre de 2001, el aumento de la presión de la Comunidad Internacional por acabar con el terrorismo en el país, llevó a Pakistán a embarcarse en una alianza con Estados Unidos en su Guerra Contra el Terror. En el marco de este pacto, el ejército pakistaní está llevando a cabo una campaña antiterrorista en las áreas tribales fronterizas con Afganistán contra grupos insurgentes, especialmente contra Al-Qaeda y el Movimiento Talibán. Hasta la fecha, se calculan más de 950 bajas y alrededor de 150 000 efectivos pakistaníes desplegados en las Áreas Tribales de Administración Federal (FATA) en operaciones militares contra insurgentes (Khan, 2012, pág. 1). Asimismo, sólo desde 2011, Estados Unidos ha concedido a las tropas pakistaníes más de diez mil millones de dólares en forma de asistencia financiera a fin de sufragar los costes de desplegar efectivos en las zonas tribales (Nawaz, 2009, pág. 1).

Desde su compromiso en la Guerra Contra el Terror, la presencia de la coalición antiterrorista liderada por Estados Unidos en el país asiático se ha incrementado considerablemente, dado que Pakistán permitió a la Administración Bush usar sus bases militares, colaborar en la identificación y detención de individuos terroristas, bloquear su financiación y ejercer un mayor control en la frontera con Afganistán desde el 11 de septiembre de 2001. En aquel momento, estas concesiones se entendieron como una prueba de los grandes esfuerzos de Pakistán en su compromiso con la lucha antiterrorista (Kronstadt, 2009, pág. 62).

A cambio, en la primavera de 2002, Estados Unidos comenzó a ofrecer ayuda económica, material y de entrenamiento a las fuerzas de seguridad pakistaníes en su campaña antiterrorista contra Al-Qaeda y el Movimiento Talibán. Dos años más tarde, en 2004, durante la presidencia de Pervez Musharraf y en el mismo año en que Pakistán recibió la condición de aliado no-OTAN más importante de Estados Unidos, George W. Bush decidió dar un paso más en la lucha contra su «mayor amenaza», Al-Qaeda. Ante las sospechas de la administración de Bush de que la ayuda económica estadounidense concedida a Pakistán se destinaba a armamento de carácter defensivo –helicópteros, F16, equipos de defensa antimisil- más que en su lucha contra el terrorismo, Estados Unidos puso en

marcha una campaña de ataques cinéticos en Pakistán, que continúa hasta nuestros días. Los drones o vehículos aéreos de combate no tripulados, controlados por la Agencia Central de Inteligencia estadounidense (CIA), debían sustituir a las tropas, buques y ejércitos aéreos en el asalto contra los santuarios de Al-Qaeda y el Movimiento Talibán. De esta forma se minimizarían daños y riesgos militares (Naiden, 2014; Bruno & Bajoria, 2008; Priego, 2010, pág. 15).

Uno de los grandes interrogantes sobre la campaña de drones estadounidense en las áreas tribales de Pakistán es si esta fue autorizada por el gobierno pakistaní. Durante los comienzos de la campaña cinética, en 2004 y 2005, la CIA operó con la autorización del servicio de inteligencia pakistaní (ISI). Estados Unidos, aunque renunció a las peticiones de Musharraf de tomar el control de la campaña, contribuiría con helicópteros y equipos de visión nocturna al ejército pakistaní. Más tarde, tras encontrar pruebas relacionadas con la localización de los refugios de Al-Qaeda en Waziristán del Norte en 2006, gracias a las confesiones de un militante uzbeko detenido en Afganistán, los drones pasaron a convertirse en el arma principal con el que derrotar no sólo a Al-Qaeda, sino también a militantes del Movimiento Talibán, de la red Haqqani, Hezb-i-Islami Gulbuddin y los grupos afiliados a Al-Qaeda en el territorio pakistaní. Así, en enero de 2008, varios altos oficiales de inteligencia estadounidenses viajaron a Islamabad con el fin de obtener el permiso de las autoridades pakistaníes de aumentar considerablemente el número de ataques con drones dentro de las fronteras de Pakistán. Durante muchos años, los acuerdos de este encuentro han permanecido en secreto. Sin embargo, gracias a documentos altamente confidenciales de la CIA y memorándums diplomáticos pakistaníes obtenidos por *The Washington Post*, se ha demostrado recientemente la existencia de un acuerdo secreto entre las autoridades pakistaníes y estadounidenses sobre los ataques de drones dentro del país surasiático (Bruno & Bajoria, 2008; Coll, 2014; Miller & Woodward, 2013).

A pesar de que el gobierno pakistaní, incluido Musharraf, criticó abiertamente el uso de vehículos aéreos de combate no tripulados por parte de Estados Unidos para atacar los refugios de los grupos militantes de Pakistán, alegando que estos ataques suponían una «violación del espacio aéreo y de la soberanía pakistaníes», las autoridades de Pakistán dieron su consentimiento tácito al programa de drones



Fuente: Onepakistan.com.pk © AFP AI/Js/Gal

estadounidenses. En los documentos a los que ha tenido acceso *The Washington Post* se detallan al menos 65 ataques en Pakistán e incluso se califican como «puntos de discusión» para las sesiones informativas de la CIA. Según informa el periódico estadounidense, estas sesiones se llevaban a cabo con tanta frecuencia que se acabaron convirtiendo en asuntos de la rutina diplomática (Miller & Woodward, 2013). Esto explicaría por qué, tal y como recoge el especialista en asuntos asiáticos K. Alan Kronstadt, se dijo que tres drones tipo Predator se podrían desplegar desde la base aérea secreta pakistani de Shamsi (ilustración 2), a unos ciento sesenta kilómetros de la frontera con Afganistán, y lanzarse sin necesidad de un permiso específico del gobierno de Islamabad (Kronstadt, 2009, pág. 33; Coghlan & Page, 2009).

Una vez que Musharraf abandonó la presidencia de Pakistán el 18 de agosto 2008, el por entonces Ministro del Interior Rehman Malik no tardó en condenar públicamente los ataques de vehículos aéreos no tripulados de Estados Unidos en Pakistán. No obstante, según una filtración de Wikileaks, la embajadora estadounidense en Pakistán Anne Patterson mencionó una conversación sobre drones durante un encuentro en el que se encontraban Malik y el entonces Primer Ministro Yousuf Raza Gilani. Patterson escribió que, en esta conversación, «*Malik sugirió suspender los ataques de drones hasta después de la Operación Sherdil en Bajaour*» (Agosto 2008-Febrero 2009). Yousuf, por su parte, afirmó: «*no me importa que lo hagan siempre que se deshagan de las personas correctas. Protestaremos en la Asamblea Nacional y luego haremos caso omiso*» (Robertson & Botelho, 2013; Lister, 2010).

A partir del 20 de enero de 2009, con la llegada de Barack Obama al gobierno de Estados Unidos, predominó la llamada estrategia Af-Pak, acuñada por Richard Holbrooke, Representante Especial estadounidense para Afganistán y Pakistán. Esta estrategia buscaba vincular la seguridad de Pakistán a la de Afganistán en el marco de la política de la Guerra Contra el Terror con el fin de acabar con la «*red de solidaridad étnica*» a los dos lados de la frontera, que permitía a grupos militantes islamistas «*refugiarse, recuperarse y recibir suministros*» (Priego, 2010, págs. 18,19). Así, desde la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca, se ha aumentado considerablemente el número de ataques con aviones no tripulados y las incursiones del ejército estadounidense en las zonas tribales de Pakistán. Esta es una de las razones que ha llevado a Pakistán a convertirse en uno de los países más anti-estadounidenses del mundo (Priego, 2010, pág. 19; CIDOB, 2012, pág. 435; Goswami, 2009, pág. 468).

Como se deduce de los párrafos anteriores, a partir de 2004 y especialmente tras la llegada al poder de Obama, la estrategia antiterrorista estadounidense en Pakistán se basa en el uso de la tecnología, concretamente de vehículos aéreos de combate no tripulados. Esto ha llevado a la dependencia,

institucionalización y normalización de la táctica de asesinatos selectivos, considerada como la pieza central de la política antiterrorista estadounidense (McCrisken, 2013, pág. 102). Los asesinatos selectivos se han calificado como la vía más mortal y permanente para tratar con individuos sospechosos de terrorismo. No obstante, los datos de esta campaña cinética de la CIA estadounidense en Pakistán resultan muy limitados, puesto que, a diferencia de otras campañas similares en lugares como Yemen, permanece secreta y clasificada hasta nuestros días (McCrisken, 2013, págs. 97,98).

Para algunos, este secretismo está relacionado con la ausencia de voluntad política, tanto por parte de la administración de Obama como de la de George W. Bush, de que algunos hechos esenciales asociados a la campaña sean objeto de examen público, como por ejemplo, el frecuente fracaso de selección de objetivos o la muerte de numerosos civiles. Así, para el gobierno de Estados Unidos, el secretismo acaba con la justicia y responsabilidad social (Coll, 2014, pág. 4). Además, la opacidad de esta campaña también podría servir para evitar que los oficiales estadounidenses responsables fueran detenidos y juzgados por cometer lo que agencias defensoras de los derechos humanos, como Amnistía Internacional y Human Rights Watch, califican como crímenes de guerra, dada la dificultad de obtención de datos precisos acerca de esta política tan controvertida (Amnistía Internacional y Human Rights Watch, 2013, pág. 7; Boone, 2013). No obstante, resulta contradictorio que los resultados de una política que dice buscar la seguridad humana de los estadounidenses sean inaccesibles para aquellos ciudadanos a los que, en teoría, se pretende defender. Como explicábamos en capítulos anteriores, más allá de la seguridad humana, la política de drones de combate podría seguir una lógica neorrealista por la que se buscase, más allá de la seguridad humana, el *status quo* o un mundo en el que no exista competencia de carácter estatal ni no estatal contra Estados Unidos, con el fin de que esta continúe siendo una potencia hegemónica.

El uso de la tecnología por parte de Estados Unidos para hacer frente al terrorismo no es nuevo, sino que, de hecho, data de los tiempos de la Guerra Fría, cuando las autoridades militares estadounidenses comenzaron a desarrollar una nueva política de defensa basada en la superioridad tecnológica frente a sus adversarios. La tecnología, entonces, debía superar la ventaja cuantitativa de las fuerzas convencionales de la Unión Soviética. En el contexto de esta estrategia de superioridad tecnológica ha tenido lugar una verdadera revolución técnico-militar, en la que han aparecido nuevas tecnologías militares, entre las que destaca el aumento y la rápida proliferación de drones o sistemas no tripulados. Esta revolución combina las nuevas tecnologías con nuevos conceptos operativos y sistemas de organización con el fin de mejorar considerablemente la efectividad militar y la potencia de combate. Se trata, al fin y al cabo de una concepción militar basada en la calidad frente a la cantidad (O. Work & Brimley, 2014, pág. 7).

Tras la Guerra Fría, un proceso de cambio social dio lugar a las llamadas «sociedades post-modernas» y a una nueva forma de concebir la guerra. El sociólogo Ronald Inglehart concluyó, tras numerosos estudios, que el aumento de la seguridad ciudadana, gracias al incremento de recursos cognitivos, materiales y sociales, llevó a las sociedades post-modernas hacia un cambio cultural en los sistemas de valores (Inglehart, 1977, pág. 66). En este punto, Edward Luttwak explica que antes de la Guerra Fría, las familias numerosas y los altos índices de mortalidad infantil eran la norma. En este contexto, la pérdida de un joven miembro de la familia en combate, aunque resultaba trágica, no se consideraba un acontecimiento inaceptable de la misma forma que sucede hoy en día (Coker, 2001, pág. 89; Luttwak, 1995).

Traducido a términos militares, el cambio de mentalidad de las sociedades post-modernas cambió la forma de hacer la guerra: una guerra, ahora, post-materialista. Así, Gran Bretaña y Estados Unidos, a la hora de embarcarse en un conflicto, tendrían que pensar en términos de «*tolerancia cero de bajas humanas, armamento no letal y en la necesidad de evitar compromisos abiertos*» (Coker, 2001, pág. 89). La aversión a las bajas en las sociedades post-modernas ha llevado a estos Estados a emplear sus fuerzas militares únicamente para la defensa de intereses vitales definidos de forma muy precisa o bien para enfrentamientos en los que se pueda anticipar que las bajas vayan a ser mínimas (Coker, 2001, pág. 89).

En Estados Unidos, en particular, el recuerdo de la Guerra de Vietnam y el alto número de bajas asociado a este conflicto permanecen en la memoria de la sociedad estadounidense, de tal forma que, desde entonces, la conciencia de riesgo se ha incrementado de forma significativa entre la población. Así, algunos autores han afirmado que las experiencias de Estados Unidos en Vietnam han sido la principal razón que ha llevado a la sociedad estadounidense a evitar todo tipo de riesgo en combate. En palabras de Sapolsky y Shapiro, «*los estadounidenses hemos pasado a ser más sensibles con respecto a las bajas –nuestras propias bajas militares, a las bajas civiles neutrales y adversarias, incluso a las bajas militares del enemigo- e intentamos evitarlas*» (Sapolsky & Shapiro, 1996; Van der Meulen, 1997, pág. 69). Por tanto, Estados Unidos está dispuesto a matar, pero no a ser matado. La sociedad estadounidense parece negarse a aceptar bajas sin un sentido de propósito por el que los soldados hayan de poner en peligro su vida (Sapolsky & Shapiro, 1996; Van der Meulen, 1997, pág. 69).

Así, ante esta doctrina de tolerancia cero frente a las bajas militares, la tecnología pasó a ocupar una posición prominente en la forma de hacer la guerra y, más tarde, en la lucha contra el terrorismo en las sociedades post-modernas. Tal y como afirman Sapolsky y Shapiro, «*la tecnología ha pasado a ser nuestra primera respuesta ante los riesgos letales de hacer la guerra*» (Sapolsky & Shapiro,

1996, págs. 18, 22). Así, las fuerzas militares estadounidenses han liderado el proceso de desarrollo de armamento de precisión con miras a reducir la exposición de los pilotos a las medidas antiaéreas del enemigo y con el objeto de reducir los indeseables «daños colaterales», tal y como suele referirse la jerga militar a las bajas civiles. Al fin y al cabo, «*estamos desarrollando robots para sustituir soldados*» (Sapolsky & Shapiro, 1996, págs. 18, 22).

En la actualidad, para muchos Estados de todo el mundo, la tecnología constituye una herramienta muy poderosa en la lucha contra el terrorismo. De hecho, hoy en día se calcula que existen entre 75 y 87 Estados de todo el mundo que están empleando sistemas no tripulados en sus maniobras militares. Entre todos ellos, Estados Unidos se encuentra a la cabeza de la robótica militar. No obstante, cada vez más Estados están invirtiendo en drones armados de combate, lo que parece sugerir que los límites y las voluntades políticas están cambiando en este respecto. Esta mayor demanda a nivel mundial ha dado lugar al aumento de variedades disponibles de drones en el mercado internacional de todos los tamaños y formas, aunque tienden a aparecer drones cada vez más pequeños y más inteligentes (Singer, 2013). La difusión global de la tecnología relacionada con drones de combate, como mencionábamos al principio de este trabajo, podría relacionarse con el concepto de equilibrio interno del teórico realista Kenneth Waltz. A la hora de buscar un equilibrio interno, que consiste en el desarrollo de efectivos propios, los Estados con menos capacidades mirarán a los Estados más poderosos con el fin obtener ejemplos de armas militares, doctrinas o estrategias de guerra que entenderán como necesarias para llegar a su mismo nivel de capacidades. De esta manera, la estructura del escenario internacional puede desempeñar un papel fatídico a la hora de dictar el comportamiento de los Estados por imitación (Mikulic, 2013, pág. 11). Joao Resende-Santo explica que cuando las ventajas de una tecnología o de una estrategia se consideran evidentes para otros Estados, se produce un efecto de demostración: un proceso que explica a los Estados la importancia de la innovación militar y estratégica (Resende-Santo, 2007, pág. 45).

Sin embargo, la tecnología no supone una fórmula mágica con la que solucionar todos los problemas a los que se enfrentan las sociedades post-modernas hoy en día. Así, tal y como reconoció el Grupo de Personalidades Europeo en materia de seguridad, «*la tecnología por sí sola no puede garantizar seguridad, aunque la seguridad sin el apoyo de la tecnología resulta imposible*» (European Commission, 2004, pág. 12). Esta afirmación pone de manifiesto la importante contribución de las nuevas tecnologías para el desarrollo de nuevas estrategias contraterroristas, así como la necesidad de reconocer sus límites. De hecho, numerosos académicos y especialistas han recalcado las múltiples consecuencias impredecibles que pueden generar aquellas políticas que dependen en gran medida de la tecnología y en las que no existe un adecuado sistema de supervisión y control (Eijkman, 2012, págs. 1,2; Bruggeman, 2011, pág. 125).

Otro de los debates relacionados con el uso de la tecnología para combatir el terrorismo gira en torno a la pregunta de hasta qué punto esta tecnología puede resultar efectiva. En el caso de Pakistán, esta pregunta alude al uso de los aviones no tripulados en la política antiterrorista estadounidense. La efectividad de la campaña cinética de Estados Unidos dependerá, en gran parte, de la capacidad de estos drones de superar los numerosos retos a los que se enfrenta la estrategia antiterrorista en el país asiático.

En primer lugar, uno de los mayores retos a los que se enfrenta el contraterrorismo estadounidense en Pakistán consiste en el desconocimiento por parte de Estados Unidos y del resto de la Comunidad Internacional de las intenciones y del grado de compromiso real del gobierno pakistaní en la Guerra Contra el Terror. Aquellos que defienden el compromiso firme de Pakistán en la su alianza con Estados Unidos destacan que los esfuerzos del ejército pakistaní por dismantelar y destruir Al-Qaeda, el Movimiento Talibán y otros grupos terroristas de las Áreas Tribales de Administración Federal (FATA) se han saldado con alrededor de 50.000 bajas desde 2001. Asimismo, subrayan que, en 2013, la doctrina del ejército pakistaní incorporó un nuevo capítulo llamado «Armamento subconvencional», que por primera vez identificaba aquellas actividades de guerrilla en las áreas tribales fronterizas con Afganistán y los ataques con artefactos explosivos improvisados contra el ejército y civiles como la «mayor amenaza» para la seguridad nacional de Pakistán. En octubre de ese mismo año, además, el Primer Ministro Nawaz Sharif creó un cuerpo antiterrorista con el fin de hacer frente a los grupos terroristas emergentes en Punjab (Spangler, 2014, págs. 38-43).

No obstante, para muchos, estos argumentos resultan insuficientes para confirmar las buenas intenciones del gobierno pakistaní. De hecho, algunos sectores de la política exterior estadounidense ven a Pakistán como un socio reacio y poco colaborador en sus esfuerzos para acabar con la inestabilidad presente durante décadas en Afganistán y con el terrorismo internacional. La mayor preocupación de Estados Unidos gira en torno a la posibilidad de que algunos sectores del gobierno y del ejército pakistaní continúen apoyando al Movimiento Talibán y a otros militantes islamistas. De hecho, en 2003, cuatro oficiales del ejército pakistaní, entre ellos dos coroneles, fueron arrestados al ser sospechosos de haber tenido vínculos con Al-Qaeda (Spangler, 2014, pág. 538). Por este motivo, algunos analistas han considerado a Pakistán como un aliado hipócrita y afirman que los esfuerzos del gobierno pakistaní a partir de 2001 han sido «*cosméticos e inefectivos, resultado de la presión internacional más que de un verdadero reconocimiento de la amenaza*» (Kronstadt, 2009, pág. 62). Para muchos, el apoyo de Musharraf en la guerra liderada por Estados Unidos contra Afganistán no se trató, ni mucho menos, del prometido giro estratégico de 360° que acabaría con el apoyo de larga data del ejército pakistaní a los extremistas islámicos, sino que, más bien, constituyó

un movimiento táctico con miras a apaciguar a Estados Unidos y contrarrestar la hegemonía de la India (Rashid, 2008, pág. 219).

El escepticismo estadounidense se avivó tras la muerte de Osama Bin Laden en 2011. Aunque el gobierno pakistaní negó rotundamente conocer que el por entonces terrorista más buscado del mundo se encontraba en Abbottabad en un recinto protegido, a tan sólo unos pocos kilómetros de la academia militar pakistaní, algunas fuentes estadounidenses afirmaron que las autoridades de Pakistán y el entonces director de los servicios de inteligencia pakistaní (ISI) no sólo sabían de la presencia de Bin Laden, sino que lo protegieron de forma activa, de tal forma que se le garantizaba una amplia libertad de movimientos por el país (Gall, 2014; Spangler, 2014, pág. 37; CIDOB, 2012, pág. 435).

En segundo lugar, cualquier política antiterrorista de autoría internacional en Pakistán que aspire a ser efectiva deberá entender la relación histórica del gobierno pakistaní con el fenómeno islamista. Por ello, la política de drones estadounidense deberá tener en cuenta el valor estratégico del terrorismo islamista para Pakistán. Según Moeed Yusuf et al., la política exterior pakistaní se basa en tres pilares principales: (i) resistencia contra la hegemonía de la India y promoción de la causa de Cachemira, (ii) protección y desarrollo del programa nuclear, y (iii) promoción de un gobierno pro-pakistaní en Afganistán (Spangler, 2014, pág. 40; Yusuf, Yusuf, & Zaidi, 2011, pág. 2). El apoyo a partidos políticos fundamentalistas islámicos y sus alas extremistas resulta esencial para lograr los tres objetivos anteriores, puesto que, por medio de este apoyo, Pakistán (i) mantiene representantes asimétricos que atormenten la presencia india en Afganistán y Cachemira, (ii) asegura su frontera noroeste evitando que algunos grupos talibanes se unan con otros con miras a resistir a las autoridades seculares pakistaní y (iii) se mantiene cercano a un bloque que podría emerger como un poder clave e influyente en Afganistán (Spangler, 2014, pág. 40; Yusuf, Yusuf, & Zaidi, 2011, pág. 2). Sin duda, este apoyo gubernamental por el fundamentalismo islámico sembró el caldo de cultivo para la aparición de numerosos grupos extremistas en el país, muchos de los cuales mantenían vínculos con el servicio de inteligencia pakistaní (ISI) y los principales partidos políticos islámicos. Antes de 2001, estos grupos, además, ofrecieron apoyo, transporte y enlace de comunicaciones a Al-Qaeda y esta organización, a cambio, les ofreció una agenda de yihad global (Rashid, 2008, págs. 219,220).

En este contexto, ISI ofreció cobijo a los líderes talibanes y a sus aliados en su huida de Afganistán. No obstante, cuando Pakistán se embarcó en la alianza antiterrorista con Estados Unidos, ISI, temeroso de perder su influencia entre los talibanes y los pastunes afganos, desarrolló una política de dos vías, por la que protegía a los talibán, mientras que entregaba a miembros árabes de Al-Qaeda y

otros no-afganos a Estados Unidos. Sin embargo, las sospechas y la continua supervisión de las potencias occidentales obligaron a ISI a crear una organización clandestina que operaría dentro de la estructura civil y, por tanto, independiente de la estructura militar y de inteligencia. Esta nueva organización, que reunía a antiguos miembros de ISI que habían entrenado a miembros de los talibán, antiguos oficiales pastunes del ejército y del cuerpo de vigilancia de fronteras, era la encargada de movilizar el apoyo popular a favor de los talibán en los medios de comunicación y en las plataformas políticas (Rashid, 2008, págs. 221,222).

Asimismo, durante años, el ejército pakistaní ha calificado a la red Haqqani, una de las amenazas más fuertes y letales a la que se enfrentan la OTAN y las fuerzas de seguridad afganas, como «los buenos talibanes». Este doble juego y percepción de las autoridades pakistaníes constituye, ante todo, uno de los mayores obstáculos a la hora de avanzar en la lucha contra el terrorismo islamista en el país y de aumentar la captura de los objetivos de gran valor (HVT, por sus siglas en inglés) (Spangler, 2014, pág. 535). Hasta que Estados Unidos y Pakistán no partan de una base común de concepción del fenómeno terrorista, cualquier esfuerzo antiterrorista no será tan efectivo como pudiera serlo una vez que los dos Estados hubieren acordado una lista común de objetivos.

Otro elemento que impide alcanzar la máxima efectividad en la lucha antiterrorista en Pakistán es la predisposición del gobierno pakistaní a celebrar procesos de negociación con el Movimiento Talibán. El primer acuerdo de paz entre el gobierno pakistaní y los militantes pro-talibán fue el Acuerdo de Shakai en Waziristán del Sur el 27 de marzo de 2004. A este acuerdo le siguieron muchos otros, como los acuerdos de Sararogha (2004), Miranshah (2005) y Jaiber (2008), entre otros. Más recientemente, en junio de 2013, poco después de asumir el poder, Nawal Sharif obtuvo el respaldo de todo su partido para llevar a cabo negociaciones de paz con los talibán. Algunos analistas afirman que el gobierno pakistaní ha diseñado estas negociaciones con el fin de asegurar un futuro mandato talibán en el gobierno afgano y al mismo tiempo prevenir un giro gradual de Afganistán hacia la India e Irán. No obstante, estos acuerdos de paz no han resultado efectivos, en parte, dada la imposibilidad del gobierno pakistaní de cumplir las condiciones exigidas por los grupos talibanes. Entre estas se encuentran, normalmente, las exigencias de suspender todas las operaciones militares en las áreas tribales, la eliminación de los puestos militares en las Áreas Tribales de Administración Federal (FATA) y la liberación de presos (Spangler, 2014, págs. 42,43; Kanwal, 2013, pág. 3; Tajik, 2011, pág. 6.9).

En realidad, las negociaciones suponen un error estratégico que, como se ha comprobado, no lleva a la mitigación y a la eliminación del terrorismo. De hecho, como bien apunta Fernando Reinares, en el momento en que un gobierno reconoce públicamente su intención de debatir asuntos de gran

importancia con un grupo de insurgentes armados, esto será percibido con casi total seguridad como una señal de debilidad entre los individuos más conservadores del grupo. Al mismo tiempo, cualquier negociación siempre sugiere que el gobierno ha reconocido implícitamente al grupo terrorista como un interlocutor válido de negociación (Reinares, 1998, págs. 355,356).

Por otro lado, las deficiencias en los cuerpos de seguridad pakistaníes también suponen un reto para las operaciones de contraterrorismo en el país. El entrenamiento inadecuado, el escaso equipamiento, los débiles mecanismos de recolección de inteligencia y la escasa capacidad en materia de recursos humanos, unidos a la falta de voluntad política de reforma, hacen que una operación conjunta con las fuerzas de seguridad pakistaníes pueda perder en efectividad. Asimismo, uno de los grandes problemas que existen en el seno del ejército de Pakistán es la falta de voluntad de muchos agentes de llevar a cabo operaciones de contrainsurgencia de alta intensidad, ante la aprensión de combatir contra otros hermanos musulmanes, contra grupos que, como se ha mencionado anteriormente, años antes apoyaron a través de operaciones militares, acuerdos de paz e incluso cierta negligencia (Yusuf, *Pakistan's Counterterrorism challenge*, 2014, pág. 29). Para algunos autores, esto sugiere una falta de profesionalidad que, unida a los problemas estructurales y organizacionales de las fuerzas de seguridad pakistaníes, dificultan gravemente los esfuerzos por combatir el fenómeno terrorista en el país (Kanwal, 2013, pág. 4; Jehangir, 2013, págs. 5,6).

Asimismo, la política antiterrorista estadounidense basada en el empleo de drones de combate en Pakistán se enfrenta a una fuerte oposición de la opinión pública en Pakistán. Hoy en día, la mayoría de la población pakistaní es contraria a los lanzamientos de drones y creen que sus líderes políticos deberían pararlos (APP, 2013). De hecho, tal y como expone la organización de investigación socioeconómica y de opinión Gallup Pakistan en un informe de resultados de 2013, en octubre de 2013 tan sólo el 11 % de los encuestados se mostró a favor de los ataques de drones estadounidenses contra los talibanes y Al-Qaeda en suelo pakistaní frente a un 75 % que se mostraba claramente en contra (ilustración 3). El porcentaje de individuos en contra de los ataques aumentó un 13 % con respecto a mayo de 2010 (Gallup Pakistan, 26 de noviembre de 2013, pág. 4).

Pregunta: **¿Está a favor o en contra de los ataques de drones estadounidenses en suelo pakistaní contra el movimiento talibán y Al-Qaeda?**

ATAQUES DE DRONES EN TERRITORIO PAKISTANÍ

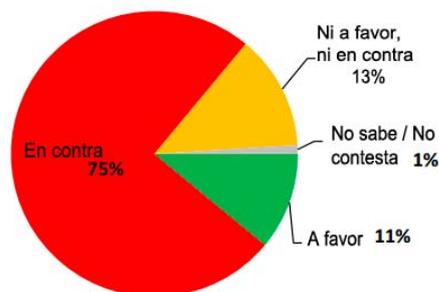


Ilustración 3: Resultados de la encuesta de Gallup Pakistan en Octubre de 2013

Fuente: Traducción propia. Gallup Pakistan (30 septiembre – 7 octubre de 2013)

En una política antiterrorista basada en vehículos aéreos no tripulados, la opinión pública resulta clave, dado que la resistencia generalizada de la población facilita la difusión y la aceptación de los discursos extremistas que incitan al odio y, en algunos casos, a la violencia y a la radicalización. En este último caso, el aumento de los procesos de radicalización como consecuencia del lanzamiento de drones supondría que esta política antiterrorista sería no sólo inefectiva, sino contraproducente, dado que se estarían creando más individuos terroristas de los que se pretende eliminar.

En este punto, Reinares apunta que resulta esencial que no se involucre a los ciudadanos en la campaña terrorista y que, por tanto, se debe evitar que estos sufran daños como resultado (Reinares, 1998, pág. 18). Esto se debe a que una respuesta excesivamente represiva e indiscriminada que no distingue entre los propios terroristas y la sociedad en la que operan tan sólo sirve para alienar a importantes sectores de dicha sociedad, volviéndoles en contra el propio gobierno. Esto, a cambio, genera problemas en la legitimidad institucional del gobierno, que podrían contribuir a la capacidad de movilización de los grupos terroristas. Así, tal y como reconoce Reinares, estas medidas son más que probables que resulten contraproducentes, despertando el apoyo de los insurgentes, al menos en aquellos sectores de la sociedad que ya contaban con una solidaridad emocional o ideológica con estos grupos (Reinares, 1998, pág. 18).

Precisamente esta contraproduktividad en las políticas antiterroristas basadas en el uso de drones de combate es la que pretende demostrar este Trabajo de Fin de Grado, a partir del ejemplo pakistaní y que se tratará en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IV

LA EFECTIVIDAD DE LOS DRONES EN LA LUCHA ANTITERRORISTA Y SU IMPACTO SOBRE EL TERRORISMO EN PAKISTÁN

Los escasos estudios que existen sobre la efectividad de las campañas antiterroristas basadas en el uso de drones de combate y su impacto en el Estado afectado atienden, generalmente, a dos concepciones diferentes de efectividad. La primera visión entiende por este término la consecución de los objetivos militares fijados para una determinada misión. Según este punto de vista, una campaña de drones será más o menos efectiva en función del número de sospechosos u objetivos considerados legítimos (*legitimate targets*) que se logran eliminar con el lanzamiento de un dron (McCracken, 2013, pág. 115). Esta suele ser una visión militar, propia de aquellos actores al mando de la campaña. Un ejemplo de ello es el estudio de W. Andrew Terril (*Drones over Yemen: Weighing Military Benefits and Political Costs*, 2013).

Por otro lado, algunos estudios más relacionados con los campos de las Ciencias Sociales y Humanidades basan su concepto de efectividad en aspectos más político-sociales e incluso económicos. Aquí, por ejemplo, destacan los estudios de eficiencia económica de Julia Bess Godshaw (2014) y de James Igoe Wash (2013). Además, Javier Jordán (2014), Eric Scmitt y Tom Shanker (2011) y Michael Gross (2003), entre otros, analizan el efecto de los ataques de drones sobre las estructuras logísticas de los grupos terroristas objetivo.

No obstante, creemos que el concepto de efectividad debe también estudiarse desde una perspectiva mucho más amplia, que evalúe no sólo la consecución de los objetivos militares, político-sociales y económicos, sino también el impacto de la política antiterrorista en cuestión a medio y largo plazo. Desde este punto de vista, la valoración definitiva de una política como efectiva o inefectiva tan sólo podrá llevarse a cabo pasado un periodo de tiempo desde su finalización. Por ello, a pesar de que, a primera vista, una política haya cumplido los objetivos militares, económicos y político-sociales esperados, esta no se considerará efectiva si a medio plazo genera más daños de los que se pretendían subsanar. Esta última condición se relacionaría con el principio de proporcionalidad ya definido por Francisco de Vitoria y Hugo Grotius, entre otros teóricos de Derecho internacional. Según este criterio, el objetivo político de una guerra debe ser proporcional a las consecuencias que esta pueda acarrear, no sólo para los actores involucrados en el conflicto, sino para toda la humanidad (Grotius, 2001, pág. 251).

Tal y como escribe Ganor, el primer paso para evaluar la efectividad de una acción debe ser la definición de los objetivos que se encuentran detrás la política en cuestión con miras a valorar, más

tarde, si estos objetivos se han cumplido empleando los métodos y medios elegidos (Ganor, 2005, pág. 102). Así, la campaña antiterrorista de drones de combate en Pakistán se integraría en el marco de la Estrategia Nacional de Contraterrorismo estadounidense. Por tanto, según recoge este documento oficial, los drones, en el marco de la campaña antiterrorista llevada a cabo en Pakistán, deberían perseguir los siguientes objetivos:

- (1) *Proteger a los ciudadanos estadounidenses, los intereses nacionales y estadounidenses, junto con aquellos de nuestros socios y aliados.*
- (2) *Identificar, localizar, deteriorar, desmantelar y acabar con las organizaciones y redes extremistas, junto con sus socios y partidarios.*
- (3) *Prevenir el aumento de terrorismo y la adquisición y uso de armas de destrucción masiva (ADM).*
- (4) *Eliminar los refugios terroristas.*
- (5) *Desarrollar asociaciones y habilidades duraderas contraterroristas.*
- (6) *Deteriorar los vínculos entre organizaciones y redes terroristas, así como entre sus socios y partidarios (atacar la red).*
- (7) *Contrarrestar la ideología extremista de carácter violento y su repercusión, disminuir los factores causantes de la violencia que este fenómeno explota.*
- (8) *Privar a los terroristas de la capacidad de aunar recursos y funciones: recursos económicos, personal y armamento (The White House, 2011, págs. 8-10).*

En este capítulo trataremos de demostrar la ineffectividad de las políticas antiterroristas basadas en el uso de drones de combate sobre la base del incumplimiento, principalmente, del objetivo (3), es decir, prevenir el aumento del terrorismo.

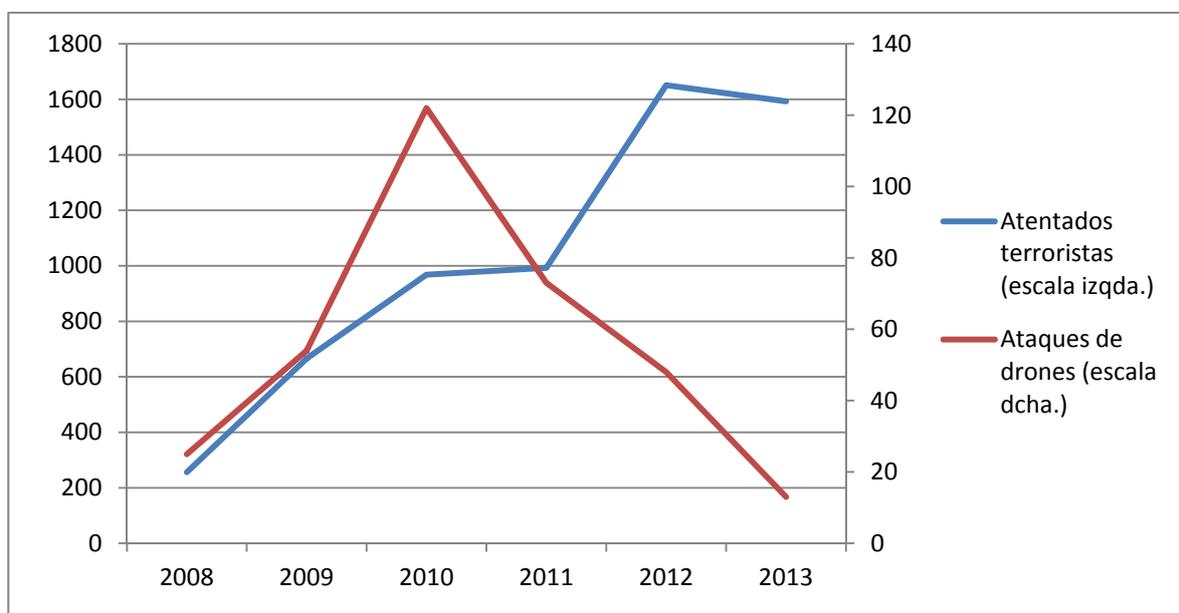
Comenzaremos nuestro análisis a partir del estudio de los datos disponibles sobre el número de atentados terroristas y el número de ataques estadounidenses con drones de combate en territorio pakistaní durante nuestro periodo de estudio (6 de septiembre de 2008 a 9 de septiembre de 2013). El análisis se realizará a partir de la información recopilada por Global Terrorism Database y New America Foundation.

Tabla 3. Número de atentados terroristas y ataques de drones durante el periodo de estudio en Pakistán

Fecha/Año	Atentados terroristas	Ataques de drones
2008	256	25
2009	666	54
2010	968	122
2011	993	73
2012	1651	48
2013	1593	13

Fuente: elaboración propia a partir de los datos obtenidos de Global Terrorism Database (GTD) y New America Foundation.

En primer lugar, empleando un enfoque deductivo, si combinamos los datos existentes del número de ataques terroristas y el número de drones durante nuestro periodo de estudio obtenemos la gráfica 1. En ella puede apreciarse que el número de atentados terroristas aumentó más de seis veces entre 2008 y 2013, a pesar de que el número de ataques de drones se incrementó casi 4 veces entre 2008 y 2010.



Fuente: elaboración propia a partir de datos obtenidos de Global Terrorism Database (GTD) y New America Foundation.

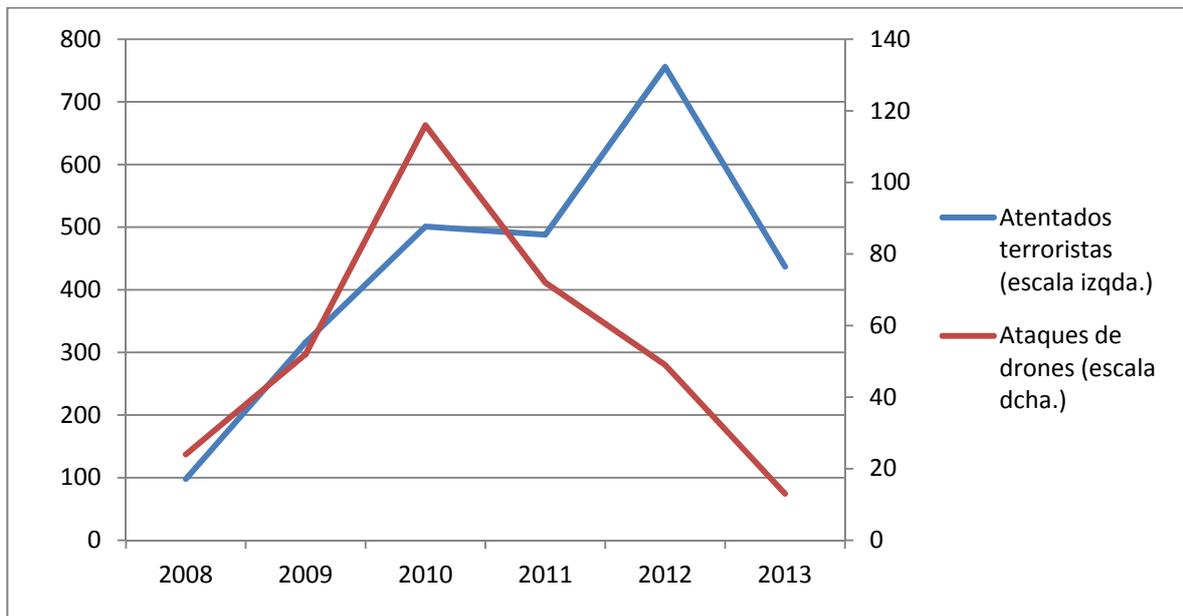
Es significativo que, al contrario de lo que muchos expertos esperaban, el número de atentados terroristas en Pakistán ascendió de forma muy significativa a partir de 2011. Varios autores coinciden en que este aumento se debió a la captura y muerte de Osama bin Laden por parte del grupo SEAL de la Marina estadounidense: un comando de élite encargado de las más duras operaciones especiales. Este hecho fue, sin duda, un duro golpe para Al-Qaeda, puesto que Bin Laden se trataba del líder espiritual y fundador de la organización. Sin embargo, Al-Qaeda probablemente quiso demostrar al mundo que la organización seguía viva y con capacidades suficientes para continuar con sus tácticas terroristas (Michaels, 2012, pág. 10).

A partir de entonces, desde el año 2012 hasta el 9 de septiembre de 2013, el número de atentados se mantiene estable, pasando de 1651 a 1593, aunque hay que tener en cuenta que en el último caso sólo se analizan 9 meses del año 2013.

A partir del estudio de la gráfica anterior, podríamos concluir con que el número de atentados terroristas en Pakistán ha seguido una clara tendencia al alza durante el periodo de estudio y que este aumento no se ha visto afectado por el incremento o disminución del número de ataques con drones. Esto es, los ataques con drones han resultado ineficaces, puesto que no han logrado frenar el aumento del terrorismo en Pakistán a corto plazo, lo que reforzaría nuestra hipótesis de que estos ataques generan más terrorismo a largo plazo.

No obstante, con miras a verificar esta premisa, analizaremos la relación que existe entre nuestras dos variables de estudio en la provincia pakistaní donde se concentran la mayoría de los ataques de drones estadounidenses durante nuestro periodo de estudio: las Áreas Tribales de Administración Federal (FATA). La narrativa oficial estadounidense justifica la concentración de ataques de drones en esta región alegando que FATA es la zona en la que muchos de los grupos con los que los drones pretenden acabar emplean como base (Igoe Walsh, 2013, pág. 34).

Gráfica 2. Evolución del número de atentados terroristas en relación con el número de ataques con drones en las Áreas Federales de Administración Federal



Fuente: elaboración propia a partir de datos obtenidos de Global Terrorism Database (GTD) y New America Foundation.

La combinación de los datos disponibles relacionados con el número de ataques de drones y atentados terroristas en las Áreas Tribales de Administración Federal (FATA) da lugar a una gráfica muy similar a aquella de todo el territorio pakistaní, en el sentido de que la evolución del número de atentados terroristas no se ve afectada por el número de ataques con drones. Así, se observa el mismo aumento gradual de ambas variables de 2008 a 2010, una pequeña bajada en el número de ataques terroristas de 2010 a 2011. Además, esta gráfica también se puede apreciar una disminución del número de ataques con drones a partir de 2010 y un incremento considerable en el número de atentados entre 2011 y 2012, que se redujo posteriormente.

Aún tratándose de datos a corto plazo, el análisis de las dos gráficas podría confirmar la validez de nuestra hipótesis. No obstante, estimamos que nuestras variables (ataques de drones y terrorismo en Pakistán) no cuentan con una relación directa causal por sí solas. Esto es, entendemos que los ataques con drones no son causa única ni directa del aumento del número de atentados terroristas en Pakistán, aunque probablemente la más importante. Por ello, creemos que las políticas antiterroristas basadas en el uso de drones de combate resultan inefectivas y que facilitan la aparición de elementos que favorecen la creación y perpetuación del fenómeno terrorista en Pakistán.

En primer lugar, uno de los elementos que mina la efectividad y el impacto de los vehículos aéreos no tripulados sobre el fenómeno terrorista en Pakistán es la organización interna y el sistema de liderazgo de los principales objetivos militares: Al-Qaeda y el Movimiento Talibán.

Por un lado, a pesar de los incesantes ataques cinéticos estadounidenses en la región y de la eliminación de Osama bin Laden, Al-Qaeda sigue siendo una organización muy resistente. Esto se debe a que Osama bin Laden no constituía el verdadero ni único líder de Al-Qaeda, sino que, en realidad, no existía ni existe un único líder al mando de la organización. De hecho, desde 2001, Al-Qaeda ha evolucionado hacia una estructura altamente descentralizada, formada por numerosas células autónomas distribuidas por todo el mundo y que cuentan con liderazgo a nivel local. Asimismo, Al-Qaeda sigue un sistema de organización autónoma, que permite al grupo adaptarse en función de los estímulos exteriores, sin necesidad de orientación ni dirección externa. A pesar de su alto nivel de descentralización, el aglutinante de toda la estructura de Al-Qaeda lo constituye la ideología perteneciente al fundamentalismo islámico radical: el estandarte alrededor del cual se congregan los simpatizantes. Sin embargo, a pesar de que los principios ideológicos de la organización permanecen invariables a lo largo del tiempo, las estrategias y los procesos de esta ágil organización varían constantemente con el fin de adaptarse y superar los retos que se le presentan continuamente (Hutchison & Pyster, 2010, págs. 3-6).

Por otro lado, el Movimiento Talibán ha contado tradicionalmente con un sistema de comando vertical y una estructura pastún tribal equitativa que gobierna por consenso. No obstante, desde 2001, el movimiento ha evolucionado hacia una estructura cada vez más horizontal y ha otorgado mayor independencia a los comandos locales con el fin de aumentar su capacidad de adaptación y de dispersión de fuerzas en pequeñas unidades. De forma similar a Al-Qaeda, el Movimiento Talibán está conformado por una red de franquicias: una disposición que encaja casi a la perfección con las tradiciones tribales. Este proceso comienza en el momento en que un grupo militante se autoproclama «talibán local». A partir de entonces, este grupo gana cierto reconocimiento por parte de la jerarquía central talibán a cambio de apoyo y cooperación. Esta nueva célula apoya al movimiento y estrategia talibanes, aunque mantiene la libertad de acción a nivel local. De esta manera, este *modus operandi* preserva las lealtades tribales y las fronteras territoriales (Afsar, Samples, & Wood, 2008, págs. 64-65).

Tanto Al-Qaeda como el Movimiento Talibán, por tanto, constituyen dos organizaciones descentralizadas con altas capacidades de adaptación y regeneración. Esto hace que ambos grupos logren recuperarse rápidamente tras las pérdidas generadas por las operaciones militares de captura de objetivos de alto valor o, en nuestro caso, de los ataques con drones de combate. Así, uno de los factores que contribuyen a la ineficacia de los drones de combate para acabar con el fenómeno

terrorista en Pakistán constituye la resistencia y capacidad de adaptación de ambos grupos (CIA, 2009, pág. 4).

De hecho, han sido precisamente las operaciones antiterroristas en la región las que han llevado a Al-Qaeda y al Movimiento Talibán a convertirse en organizaciones más descentralizadas y más difíciles de localizar y de atacar. Los constantes ataques de drones han llevado a los miembros de estas organizaciones a limitar su presencia pública, sus comunicaciones e incluso a reducir el número de individuos con los que se asocian, lo que dificulta el vital proceso de recopilación de inteligencia válida y fiable (Karam & Gray, 2013, pág. 59). Asimismo, tal y como recalcan Nicole Hutchison y Art Pyster, a pesar de que algunos miembros clave de Al-Qaeda y del Movimiento Talibán han sido asesinados o capturados en las operaciones antiterroristas, el liderazgo de las organizaciones se ha sustituido rápidamente, lo que indica que estas operaciones militares han generado un mínimo impacto sobre su presencia global y sobre su percepción de amenaza a su supervivencia en el entorno en el que operan (Hutchison & Pyster, 2010, pág. 4; CIA, 2009, pág. 4). En el caso de Al-Qaeda, además, numerosos líderes supervisan las operaciones externas, lo que minimiza el efecto desestabilizador de las pérdidas humanas (CIA, 2009, pág. 4). Los resultados de los estudios cuantitativos de Mannes y Jordan acerca del impacto de la eliminación de líderes sobre el terrorismo corroboran esta premisa cuando afirman que acabar con los líderes terroristas o insurgentes resulta contraproducente, especialmente para las organizaciones grandes y de carácter religioso, quienes probablemente llevarán a cabo una explosión de violencia tras la operación militar (Mannes, 2008, pág. 540; Jordan, 2009, pág. 132). Este es el caso del Movimiento Talibán y de Al-Qaeda.

En este punto, Cronin y Jenkins también advierten de que, a pesar de que los asesinatos selectivos pueden eliminar a líderes terroristas, sus sustitutos podrían incluso resultar peores. El líder original carismático podría ser irremplazable o no. Por tanto, aquí se podría aplicar el dicho de «más vale malo conocido que bueno por conocer», puesto que en ningún momento la eliminación de un líder de un grupo insurgente garantiza que su sucesor será una mejora, desde una perspectiva contraterrorista, del mismo modo que no se puede asumir que los nuevos líderes actuarán de forma diferente a la de sus predecesores (Jenkins, 1987, pág. 8; Cronin, 2009, pág. 26; Carvin, 2012, pág. 536). De hecho, Haider Ali Hussein Mullick, analista de contrainsurgencia de la Universidad estadounidense de Operaciones Conjuntas Especiales (JSOU, por sus siglas en inglés) afirma que, tras los ataques de drones, aquellos individuos que pasan a ostentar posiciones de liderazgo son más mortíferos. Según John McCreary, antiguo analista estratégico de la Junta de Jefes de Estado Mayor del ejército estadounidense, esto es porque, normalmente, la pérdida de un líder carismático de Al-Qaeda o del Movimiento Talibán genera conflictos violentos entre los aspirantes, de tal manera que aquellos que acaban en el poder suelen lograrlo por ser más radicales que sus predecesores. Los

nuevos líderes, entonces, pasan a encontrarse bajo una enorme presión y suelen probar su mérito y valor llevando a cabo ataques espectaculares y temerarios (Wood, 2010, pág. 4).

Por otro lado, otro de los factores que determinan la ineffectividad de las políticas antiterroristas basadas en el uso de los drones de combate se relaciona con la fase del ciclo de vida en que se encuentran los dos objetivos principales de estas campañas. Al-Qaeda y el Movimiento Talibán se caracterizan por ser organizaciones con largos años de experiencia, puesto que desde su fundación en los años 80 han permanecido activas en Afganistán y en Pakistán. Independientemente de su longevidad, se podría considerar que tanto Al-Qaeda como el Movimiento Talibán se encuentran en la fase de madurez. En esta fase, ambos grupos, ya con una infraestructura y constitución definidas, buscan obtener una mejora cualitativa y cuantitativa de su violencia con el fin de mantener la capacidad de influencia. De esta manera, esta fase se caracteriza por el aumento de los ataques insurgentes: ataque más violentos, agresivos y sofisticados. Además, en la fase de madurez, los objetivos estratégicos determinan en gran medida el comportamiento de estos grupos (Lockett, 1994, págs. 45-46).

A la hora de evaluar la efectividad de una política antiterrorista resulta necesario analizar en qué fase se encuentran los grupos terroristas o insurgentes con los que se pretende acabar. En el caso de la política de drones estadounidense en Pakistán, la efectividad de los ataques de drones resulta muy limitada si se tiene en cuenta que los principales grupos objetivo (Al-Qaeda y el Movimiento Talibán) se encuentran, como hemos visto, en su fase de madurez. Se trata, por tanto, de grupos con años de experiencia, de los que han sabido extraer lecciones con miras a mejorar sus capacidades de adaptación y convertirse en grupos más extensos y complejos, que ya no dependen de unos pocos miembros y, entonces, son más resistentes a las pérdidas de líderes de la organización (CIA, 2012, págs. 13, 14).

Los anteriores factores que determinan la ineffectividad de las políticas antiterroristas basadas en el uso de drones de combate no garantizarían por sí solos el aumento y la perpetuación del terrorismo en la región. Por ello, conviene analizar algunos de los factores que facilitan la aparición y la perpetuación del fenómeno terrorista: factores directamente ligados a las políticas antiterroristas de drones de combate.

En primer lugar, como se ha mencionado brevemente en el capítulo anterior, la porosidad de la frontera entre Afganistán y Pakistán dificulta la detección y eliminación de los objetivos militares. Esto se debe a que estas fronteras permiten que los terroristas y sus reclutas transiten libremente entre los dos Estados con fines de entrenamiento, refuerzo ideológico, comunicación o movimientos financieros. Además, para evitar ser atacados, los miembros de estas organizaciones han de cambiar de ubicación constantemente, mantener estas ubicaciones secretas y mantener las cabezas gachas, de

tal manera que se reduce el flujo de información dentro de la organización, lo que, de nuevo, dificulta el proceso de recopilación de inteligencia (Byman, 2006, pág. 104). Asimismo, la frontera afgano-pakistaní constituye una de las áreas más ingobernables y peligrosas del mundo, sobre las que el gobierno de Pakistán ejerce escaso control. La libertad de movimiento que existe en esta frontera, unida a su geografía montañosa e irregular y a la capacidad de los miembros insurgentes de «camuflarse» entre la población civil aumenta la posibilidad de provocar un mayor número de «daños colaterales» en una guerra librada desde el aire. A pesar de que los drones de combate ganan cada vez más en precisión y que parecen reducir riesgos de todo tipo, la presencia de tropas sobre el terreno, aunque asociada a mayores riesgos militares, garantizaría una mayor precisión en los ataques y evitaría posibles bajas civiles (McCracken, 2013, pág. 106).

Al fin y al cabo, hoy en día la tecnología todavía no logra sustituir al ser humano por completo. Por tanto, conviene tener en cuenta las limitaciones de una guerra desde el aire basada en la tecnología. Por ejemplo, en el caso de los drones, la capacidad de detección todavía resulta limitada, tanto es así que un informe clasificado del gobierno pakistaní filtrado por Al Jazeera confirmó que Osama bin Laden logró evitar durante muchos años ser detectado por los drones de combate estadounidenses con un sombrero de ala ancha (Hashim, 2013, pág. 13). Además, Brandon Bryant, exoperador de vehículos no tripulados de combate estadounidenses, afirmó en una entrevista que los ataques se realizaban «con una completa incertidumbre», porque «los operadores carecían de visibilidad y no estaban seguros de la identidad de los blancos a los que disparaban»: «nosotros veíamos una silueta, sombras de gente y matábamos a las sombras», añadió Bryant (Democracy Now!, 2013; Sherwell, 2013; RT, 2015). Estas limitaciones aumentan la posibilidad de error y es que son precisamente las bajas civiles o los «errores» cometidos con los ataques de drones los que podrían aumentar el nivel de apoyo de la causa insurgente, aun cuando la población no simpatizara previamente con el grupo (CIA, 2009, pág. 4).

Ante todo, los daños colaterales y la propia existencia de una amenaza constante e invisible, a 15 kilómetros del suelo, incrementan el ya elevado sentimiento antiestadounidense entre la población pakistaní. Para muchos ciudadanos pakistaníes, el dron se ha convertido en un símbolo provocador del poder de Estados Unidos, causante de muertes inocentes (Becker & Shane, 2012, pág. 2). Además, tal y como escribe Akbar Ahmed, para los miembros musulmanes de las tribus pakistaníes, esta forma de combate no sólo es inmoral, sino que también cuenta con connotaciones de sacrilegio: «al apropiarse de los poderes de Dios gracias al dron, con su capacidad de ver y no ser visto, matar sin ningún tipo de aviso, juicio o dictamen, los estadounidenses se consideran blasfemos por definición» (Ahmed, 2013, pág. 2). De esta manera, los ataques de drones generan inmenso terror en sociedades enteras. A pesar de ello, parece que los responsables de estas políticas no han tenido en cuenta en sus cálculos los efectos colaterales políticos y psicológicos que estos podrían acarrear, y

menos aún se han parado a evaluar la moralidad de los asesinatos públicos de civiles inocentes, porque incluso aquellos que se apresuran a socorrer a las víctimas de drones son considerados objetivos legítimos (Ahmed, 2013, pág. 2).

De hecho, se calcula que durante el año 2010 tan sólo el 2 por ciento de las bajas provocadas por drones se correspondieron con líderes de Al-Qaeda (CIA, 2009, pág. 2; McCrisken, 2013, pág. 107; Bergen & Tiedemann, 2010). En realidad, ante la ausencia de datos oficiales, el número de bajas civiles en los ataques de drones resulta, hasta la fecha, imposible de conocer con exactitud. Dado que la campaña de drones estadounidense en Pakistán permanece todavía clasificada, las únicas fuentes que corroboran la exactitud de las cifras de víctimas proceden de informes de los medios de comunicación, basados en declaraciones de funcionarios públicos anónimos o civiles de las zonas afectadas. Además, según algunos funcionarios públicos estadounidenses, para contar las bajas civiles, Obama, sus asesores de la Casa Blanca y la CIA califican como combatientes a *«todos aquellos varones en edad militar en las zonas afectadas, a menos que exista una prueba explícita póstuma que pruebe su inocencia»* (McCrisken, 2013, pág. 115; Becker & Shane, 2012, pág. 2).

En la campaña de drones estadounidense, la lejanía del lugar donde se encuentra el objetivo descarta cualquier investigación post-ataque y, por tanto, se suele asumir que los sospechosos terroristas habían sido realmente terroristas una vez han perdido la vida (McCrisken, 2013, pág. 115). Un análisis realizado por NBC News a partir de documentos clasificados de la CIA, además, reveló que la Agencia Central de Inteligencia estadounidense *«no siempre sabía a quién estaban apuntando ni quiénes eran las personas que mataba con drones»* durante al menos 14 meses, entre el 3 de septiembre de 2010 y el 30 de octubre de 2011 (NBC News, 2013; RT, 2013). Estas víctimas, por tanto, fueron clasificadas como «otros militantes» (NBC News, 2013; RT, 2013). Este análisis afirma que la razón de esta incertidumbre se encuentra en el uso de los llamados *signature strikes*: ataques con drones contra grupos de individuos que mostraban supuestamente características terroristas, a pesar de que se desconocían sus identidades (NBC News, 2013; RT, 2013). De esta manera, se puede deducir que entre las bajas consideradas oficialmente militares se encuentre un gran número de bajas civiles inocentes.

La rabia e indignación generada entre la población por las bajas civiles y por el sentimiento de inseguridad facilita el proceso de reclutamiento del grupo insurgente (Igoe Walsh, 2013, pág. 39). Esto sucede porque, entre las posibles respuestas a los ataques de drones, la población podría buscar vengarse contra los militantes o insurgentes más visibles o de más fácil alcance. Las víctimas de estos ataques terroristas de venganza podrían también considerar que los ataques de drones son los responsables del caos existente. Así, los insurgentes y la población civil podrían acercar posiciones al compartir el sentimiento común de condolencia. La política antiterrorista se podría considerar,

entonces, un fracaso, puesto que uno de sus mayores y más importantes objetivos consiste en lograr ganar la confianza y conquistar «los corazones y las mentes» de los ciudadanos, con miras a que se unan a la campaña contra los responsables del terror y no al bando contrario (Abbas, 2013, pág. 3).

En el proceso de apoyo a la causa insurgente, además, interviene una variable frecuentemente presente en los territorios afectados por los drones de combate: la escasa concienciación popular, normalmente asociada a la falta de educación o a una educación inadecuada, especialmente relacionada con las organizaciones insurgentes y terroristas. Así, en este contexto, la indignación pública contra los ataques de drones aumenta indirectamente el poder de la organización insurgente, concediéndole, además, espacio en el que sobrevivir, desplazarse y maniobrar. Una política antiterrorista basada en el uso de drones de combate y que busque eliminar particularmente a los terroristas más radicales únicamente podrá ser efectiva, no obstante, siempre y cuando se apoye de forma paralela sobre una fuerte política de relaciones públicas que refute las ideas que transmiten los grupos insurgentes (Abbas, 2013, pág. 3).

En este sentido, los drones estarían creando a largo plazo más enemigos de los que se pretende eliminar y, por tanto, se podrían considerar contraproducentes, puesto que estarían contribuyendo a la perpetuación del fenómeno que se intenta combatir. En palabras de David Kilcullen, *«por cada militante muerto, pierden la vida 50 civiles. Y cada uno de estos no combatientes representa una familia alienada, un nuevo deseo de venganza y, por tanto, más reclutas para un movimiento militante que ha crecido exponencialmente a la vez que ha aumentado el número de drones»* (Kilcullen, 2009, pág. 3). Jeffrey Addicott, antiguo asesor jurídico de las fuerzas especiales del ejército estadounidense, también apoya esta premisa cuando afirma: *«cada familia tiene diez hijos. Matas a un hijo y creas 9 enemigos más»* (Entous & Addicott, 2010, pág. 5). Sin embargo, los cambios de comportamiento y actitud en las poblaciones afectadas no se producirían de un día para otro, sino que, por el contrario, tendrían lugar a largo plazo (Meharg & Jane, 2009, pág. 23).

Además, la furia e indignación popular por los ataques de drones no se limita a la región en la que se producen, en nuestro caso, a las áreas de mayoría pastún del noroeste de Pakistán. Muy por el contrario, los ataques están generando una fuerte resistencia en una gran variedad de sectores de la opinión pública pakistaní en Punjab y Sindh, las provincias más pobladas de Pakistán. Los ataques con drones estadounidenses son frecuentemente noticia en los medios de comunicación y generalmente se cree que han causado incluso más víctimas civiles de las que realmente han provocado. La persistencia de estos ataques en el territorio pakistaní hiere hasta las más profundas sensibilidades de la población, les enajena de su gobierno y contribuye a la inestabilidad política y social de Pakistán, creando el caldo de cultivo para la aparición y perpetuación del fenómeno terrorista en esta zona del mundo (Kilcullen, 2009, pág. 2).

Asimismo, la proliferación de atentados terroristas relacionados con los drones de combate no se limitaría a las zonas afectadas, sino que el terrorismo podría extenderse no sólo por todo el territorio pakistaní, sino incluso también en Occidente. Así, las organizaciones insurgentes que operan en FATA podrían calibrar la cantidad de violencia que emplean fuera de esta región en Pakistán. De hecho, tal y como afirma Walsh, numerosos insurgentes han aprovechado los ataques de drones para justificar una escalada de conflicto contra el gobierno pakistaní. Esto también podría llevar a estos insurgentes a responder a los ataques de drones con escaladas deliberadas de violencia en otras regiones más pobladas y de mayor importancia política para el país y que, además, reciben mayor cobertura mediática, lo que, a su vez, serviría como caja de resonancia y dotaría de mayor impacto político a su violencia (Igoe Walsh, 2013, pág. 36).

Además, tal y como afirma Dennis Blair, antiguo director de inteligencia de Estados Unidos hasta mayo de 2010, los ataques de drones están provocando la aparición de atentados terroristas en lugares donde Estados Unidos no emplea drones sistemáticamente. Así, algunos operativos de Al-Qaeda, por ejemplo, se están desplazando de Pakistán o Iraq a Afganistán, Somalia y el Norte de África, proporcionando mano de obra para las redes extremistas en Europa. Esto, a su vez, podría aumentar las posibilidades de un ataque terrorista no sólo en Europa, sino en el resto de Occidente, dada la llegada de efectivos altamente entrenados y con sólidos conocimientos adquiridos en Estados de Oriente Medio. Al mismo tiempo, esta amenaza, que emerge con los ataques de drones, no sólo procedería de los grupos terroristas operando en Pakistán, sino también de otros grupos insurgentes y/o terroristas que comparten su ideología antioccidental (Wood, 2010, pág. 4).

Por último, los ataques incesantes de drones podrían inducir a un mayor número de casos de radicalización, tanto en Pakistán como en países de Occidente, puesto que los grupos insurgentes en cualquier parte del mundo también podrían aprovechar los ataques de drones para dotar de mayor fuerza a su discurso yihadista, alegando, por ejemplo, que los drones de combate suponen una amenaza e incluso una nueva forma de ocupación del mundo musulmán: en nuestro caso, de Pakistán. De hecho, según escribe Sageman, a diferencia de lo que se suele pensar, la radicalización se produce en países occidentales y se exporta a los países de origen (Sageman, 2004, pág. 32). En este contexto, los individuos de tendencia más radical o yihadista podrían explotar el miedo presente en algunas sociedades, en particular la pakistaní, entre aquellos ciudadanos descontentos de las áreas tribales más afectadas, por medio de propaganda emotiva y efectiva, aumentando las posibilidades de radicalización. En numerosas ocasiones, esta propaganda se dirige a los más jóvenes a través de poderosos temas motivacionales. La autoidentificación con el problema (ocupación de Pakistán por medio de drones) podría ser el punto de partida del proceso de (auto)radicalización de numerosos individuos que no necesariamente acabarán formando parte de las filas de Al-Qaeda o del Movimiento Talibán, sino que, por el contrario, podrían convertirse en los llamados «lobos

solitarios»: un individuo o grupo pequeño muy cohesionado que realiza actos de violencia en solitario sin órdenes ni conexiones con alguna organización (Kaplan, 1997, pág. 82; Stewart & Burton, 2008). En el caso de Al-Qaeda y el Movimiento Talibán, las probabilidades de radicalización podrían resultar mayores que con otros grupos, puesto que, como reconoce Prieto y Mellón, su corpus y propaganda están basados en la religión y, por tanto, multiplica la eficacia de adoctrinamiento (Prieto, 2014, pág. 34; Mellón, 2014, pág. 20; Awan, 2013, pág. 2).

A partir de todo lo anterior, podríamos concluir afirmando que las políticas antiterroristas basadas en el uso de drones de combate resultan contraproducentes e inefectivas, puesto que no sólo no cumplen los objetivos previstos, sino que agravan la situación que se pretende combatir. Así, los drones no logran (1) *proteger a los ciudadanos estadounidenses, los intereses nacionales y los de sus socios o aliados*, dado que generan un mayor número de amenazas terroristas e inseguridad a largo plazo; (2) *identificar, localizar, deteriorar, desmantelar y acabar con las organizaciones y redes extremistas*, ya que la capacidad de regeneración y adaptación de los grupos objetivo superan la capacidad de los drones de destruir y alterar las estructuras insurgentes; (3) *prevenir el aumento de terrorismo*, sino que, como hemos visto, contribuye a su aumento y perpetuación; (4) *eliminar los refugios terroristas*, puesto que la inestabilidad política creada a partir de ataques de drones indiscriminados podría llegar a crear incluso más refugios.

Además, los drones tampoco consiguen (5) *desarrollar asociaciones y habilidades duraderas contraterroristas*, porque cada vez están apareciendo más críticas internas (antiguos empleados de los servicios de inteligencia, oficiales y miembros del ejército estadounidense, entre otros) y externas (medios de comunicación, organizaciones internacionales y no gubernamentales) que desacreditan el programa de drones estadounidense y que, por tanto, disuade a otros Estados de cooperar con Estados Unidos en este aspecto; (6) *deteriorar los vínculos entre organizaciones y redes terroristas*, sino que, muy por el contrario, contribuye al acercamiento de posiciones entre los grupos insurgentes al contar con una «amenaza» u «objetivo común»; (7) *contrarrestar la ideología extremista de carácter violento y disminuir los factores causantes de la violencia que explota el terrorismo*, sino que fomenta la aparición de estos elementos en la sociedad afectada, como la inseguridad, indignación e inestabilidad social; y (8) *privar a los terroristas de la capacidad de aunar recursos*, ya que los daños colaterales provocados por los drones facilitan el reclutamiento de los insurgentes y, por tanto, ponen al servicio de los terroristas una mayor mano de obra lista para continuar con la campaña terrorista.

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Desde 2004, en el marco de la Guerra Contra el Terror, el gobierno de Estados Unidos lleva a cabo una campaña antiterrorista basada en el uso de drones de combate en las áreas fronterizas del noroeste de Pakistán. Esta campaña, que continúa hasta nuestros días, busca acabar con la «*red de solidaridad étnica*» a los dos lados de la frontera, que permite a una miríada de grupos militantes islamistas presentes en la región «*refugiarse, recuperarse y recibir suministros*» (Priego, 2010, págs. 18,19). Desde 2009, con la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca, el número de ataques con aviones no tripulados ha aumentado considerablemente con respecto a la Administración de George W. Bush, lo que ha llevado a la dependencia, institucionalización y normalización de la táctica de asesinatos selectivos por medio de drones de combate: la pieza central de la política antiterrorista estadounidense.

Esta estrategia, basada en el empleo de la tecnología para combatir al fenómeno terrorista, constituye una clara respuesta al cambio de mentalidad propio de las sociedades post-modernas posteriores a la Guerra Fría y de la sociedad estadounidense tras la Guerra de Vietnam, en particular. En este contexto, los drones son el resultado de una sociedad que se muestra intolerante hacia las bajas en combate, tanto civiles como militares, neutrales y adversarias, puesto que esta tecnología reduce los riesgos militares frente a aquellos asociados al despliegue de tropas sobre el terreno. Estados Unidos, entonces, libra una guerra desde el aire con la que está dispuesto a matar sin ser matado. En esta nueva guerra, los robots parecen sustituir a los soldados y, así, las responsabilidades parecen recaer sobre los técnicos más que sobre los propios miembros de los cuerpos de seguridad.

Asimismo, Estados Unidos ha declarado abiertamente que los objetivos militares principales de esta campaña cinética se corresponden con Al-Qaeda y el Movimiento Talibán. No obstante, a pesar de que la campaña de drones se califica como un instrumento esencial en la estrategia antiterrorista estadounidense, nuestro estudio ha demostrado que esta política parte de un error conceptual y de análisis con profundas repercusiones sobre su efectividad, puesto que los dos grupos contra los que se pretende combatir no se tratan de grupos terroristas, sino, esencialmente, de grupos insurgentes. Esto es, Al-Qaeda y el Movimiento Talibán son movimientos organizados y prolongados que buscan derrocar y debilitar la legitimidad de un gobierno constituido por medio de la subversión y el conflicto armado (United States Marine Corps, 2012, pág. 1; Metz, 2007, pág. 5; Kilcullen, 2006, pág. 111).

Estos grupos, no obstante, emplean el terrorismo como una táctica insurgente, dada la capacidad del terrorismo de minar la moral del enemigo, influir sobre la sociedad por medio del control psicológico y del terror; la capacidad de intimidación, así como la capacidad de crear un entorno de violencia e inseguridad que acabe con la confianza pública en el gobierno por medio de la estrategia del caos.

Por tanto, la política antiterrorista estadounidense basada en el uso de drones de combate parte de un error de análisis en el primer y más importante paso a la hora de confeccionar una estrategia efectiva de defensa y contraataque: la categorización de la amenaza. Esto, en parte, podría explicar por qué más de una década después del inicio de esta estrategia de asesinatos selectivos por medio de drones de combate el terrorismo sigue atormentando a todas las regiones de Pakistán.

Conviene mencionar también que, a diferencia de lo que muchos expertos esperaban, el terrorismo ha aumentado de forma muy significativa en Pakistán tras la captura y muerte de bin Laden en 2011, lo que demuestra que los grupos insurgentes en la región, especialmente Al-Qaeda, mantienen su presencia y poderío regional.

Por otro lado, el análisis de la evolución del número de atentados terroristas con respecto al número de ataques con drones de combate en las Áreas Tribales de Administración Federal (FATA) refuerza la validez de nuestra hipótesis. En esta región, la más afectada por la campaña cinética estadounidense, el número de atentados terroristas ha ido en aumento a pesar de la constante amenaza de los drones.

No obstante, creemos que el aumento de terrorismo en Pakistán no responde directa ni únicamente a los ataques con drones estadounidenses. Por el contrario y, más concretamente, se debe a una miríada de factores o variables relacionados con el uso de drones que contribuyen a la ineffectividad de este tipo de políticas antiterroristas y, además, a la perpetuación del fenómeno terrorista en la población afectada. Así, por un lado, entre las variables que minan la efectividad de las políticas antiterroristas de drones de combate se encuentran: la resistencia y la capacidad de adaptación de los grupos objetivo (Al-Qaeda y el Movimiento Talibán), adquirida tras largos años de experiencia y debido al carácter descentralizado de su organización interna, así como el incremento de la probabilidad de que líderes cada vez más radicalizados pasen a formar parte de la cúpula de la organización. Estos factores, unidos a la difícil detección de objetivos a kilómetros de distancia en una frontera altamente porosa e ingobernable, el incremento del sentimiento antiestadounidense, así como de la desestabilización política y social en Pakistán y la rabia e indignación social frente a los daños colaterales, hacen de los drones una política contraproducente. Esta guerra tecnológica desde

el aire acaba creando más enemigos de los que se pretende eliminar, lo que, además, a largo plazo, se traduce en un mayor número de individuos y atentados terroristas, no sólo en Pakistán, sino también en Occidente.

Desde nuestro punto de vista, existen soluciones viables para frenar el aumento de terrorismo en Pakistán. No obstante, creemos que, en cualquier caso, cualquier camino que lleve a la erradicación del terrorismo en este Estado surasiático debe partir del reconocimiento del problema y de la asunción de responsabilidades propias. Esto es, hasta que Estados Unidos no reconozca que su campaña cinética en Pakistán forma parte del problema, no se podrá llegar a ninguna solución efectiva. En este paso, la autocrítica y la voluntad de diálogo con facciones contrarias a la política de drones de combate resultan no sólo convenientes, sino también y sobre todo necesarias.

Entendemos que en el siglo XXI resulta cada vez más difícil para los Estados arriesgar vidas sobre el terreno, dado que esto lleva, casi con total seguridad, a una condena por parte de la opinión pública y, en algunos casos, incluso al suicidio político. No obstante, pensamos que si se decide continuar con esta política antiterrorista basada en drones de combate se deberán incorporar elementos no militares que sirvan para aprovechar y compensar los efectos negativos hasta ahora demostrados de los ataques con vehículos no tripulados, e incluso aquellos efectos que todavía se desconocen. Estos elementos, al igual que los drones, deberán ser objeto de examen público y estratégico, puesto que de ellos también dependerá la efectividad de los asesinatos selectivos por medio de aviones no tripulados. Por todo ello, creemos que la estrategia más efectiva y adecuada para hacer frente a la amenaza terrorista en Pakistán consiste en una combinación equilibrada de tecnología de precisión, armas de largo y corto alcance y capital humano.

Una de las grandes lecciones de la historia militar consiste en que las guerras no se pueden ganar tan sólo desde el aire, sino que se necesitan pies sobre el terreno. Tal y como afirma F.S. Naiden, tanto en las dos grandes guerras mundiales, como en la antigüedad y en la América colonial, la infantería siempre ha mantenido su preponderancia en toda guerra y dentro de cualquier contingente de primera línea. La tecnología propia de cada época también estaba presente, aunque con carácter auxiliar y complementario. Así, al igual que al término de la Segunda Guerra Mundial los líderes militares aliados recibieron personalmente a los alemanes y japoneses vencidos, en lugar de comunicarse con ellos en la distancia o desde el aire, Estados Unidos debería lidiar con sus enemigos en la guerra en Pakistán frente a frente. Y es que, de hecho, uno de los mayores logros militares en este conflicto, el asesinato de Osama bin Laden, se llevó a cabo así: frente a frente (Naiden, 2014). Los drones, por tanto, deberían considerarse como armamento complementario y servir para ocasionar bajas, aunque siempre en combinación con tropas sobre el terreno que lleven a

la rendición del enemigo. Porque los drones no negocian, no hablan con él, ni siquiera con los supervivientes. Matan a supuestos líderes y desaparecen. Entonces, ante la ausencia de un líder que les represente, a las fuerzas enemigas restantes no se les brindará la posibilidad de rendirse ante un enemigo sin rostro e incluso ni siquiera estarán por la labor (Naiden, 2014). De esta manera, la guerra continúa. Por tanto, los drones por sí solos no deben reemplazar a la infantería, ni a las negociaciones, ni las bajas militares. Estos dispositivos electrónicos no deben sustituir a toda una guerra en sí.

Además, la estrategia relámpago de los drones o de emboscada y retirada (*hit and run*) tampoco permiten interrogar al enemigo (Naiden, 2014). Así, tal y como el antiguo Consejero General de la CIA Jeffrey Smith afirma: «*si están muertos no te hablan y creas más mártires*» (Byman, 2006). De hecho, según han corroborado numerosos estudios, la captura de individuos insurgentes resulta mucho más útil y efectiva que su eliminación. En palabras de Daniel Byman:

Aun cuando funcionan, los asesinatos no son tan buena solución como los arrestos. Los hombres muertos no cuentan historias y, por tanto, no son de utilidad a la hora de anticipar los próximos ataques o de informarnos de otras actividades terroristas (Byman, 2006).

A pesar de que, como hemos visto, dada la estructura descentralizada de Al-Qaeda y del Movimiento Talibán, un individuo capturado podría no tener conocimiento ni vínculos con el resto de las células de la organización, los interrogatorios de individuos insurgentes capturados podrían constituir una valiosa fuente de inteligencia: inteligencia de la que se carece por completo si tan sólo se libra una guerra desde el aire. Así, en el caso de Al-Qaeda y de los talibanes, aunque un prisionero podría no llevarnos directamente a otros dirigentes, podría proporcionar información muy relevante que sirviese para conocer y comprender mejor al enemigo al que nos enfrentamos (Entous & Addicott, 2010, pág. 6). El conocimiento del funcionamiento interno de la organización a partir de ejemplos procurados por los individuos capturados podría dar pistas sobre posibles ataques posteriores. La captura e interrogación de líderes podría, entonces, proporcionar información vital, gracias a la cual la política de drones podría cumplir uno de sus más importantes objetivos: (1) *proteger a los ciudadanos estadounidenses, los intereses nacionales y los de sus socios o aliados*. Y es que, de nuevo, gracias a la inteligencia humana se logró detectar y eliminar a Osama bin Laden, quien hasta entonces había pasado desapercibido por los sistemas de detección de los drones y satélites estadounidenses (Naiden, 2014). Además, en algunos casos, como afirma Carvin, el arresto de los líderes de un grupo insurgente podría demostrar su destino al resto de miembros de la organización y servir como un factor de disuasión (Carvin, 2012, pág. 533).

Asimismo, esta guerra librada desde el aire por Estados Unidos ha dado lugar a una nueva generación de «guerreros de cabina» (*cubicle warriors*), operadores de drones que, a pesar de que no pueden ver a su enemigo cara a cara, entran en un espacio aéreo hostil (McCracken, 2013, pág. 103; Naiden, 2014). Aunque bien es cierto que si estos «guerreros» realizaran su imperativo de matar con los pies sobre el terreno podrían ser capturados o aniquilados, creemos que, así, quizás las vidas humanas se valorarían de forma diferente a como se hace desde un lugar seguro. Quizás entonces también el gobierno estadounidense se sentiría más responsable de los potenciales daños colaterales y no priorizaría la eliminación de líderes supuestamente terroristas sobre la pérdida de vidas inocentes. Quizás entonces, también, se valorarían más los costes humanos y emocionales y el terror masivo que genera un enemigo invisible en sociedades enteras. Hasta que esto suceda, sin embargo, para F.S. Naiden, la guerra contra Al-Qaeda y contra el Movimiento Talibán continuará. Estados Unidos continuará enviando drones, al mismo tiempo que estos grupos insurgentes seguirán empleando su propio arsenal. Así, este conflicto asimétrico continuará durante algún tiempo hasta que, quizás, al igual que los indios americanos lograron adquirir mosquetes de sus enemigos, Al-Qaeda se haga con sus propios drones (Naiden, 2014).

Como hemos comentado en párrafos anteriores, creemos que para acabar con esta situación la política antiterrorista de drones debe ir acompañada de elementos no militares como, por ejemplo, una campaña de información dirigida al público pakistaní. En Pakistán se está librando una guerra entre visiones opuestas del Islam: entre un Islam más moderado que está dispuesto a adaptarse a la modernización y una visión más radical que insiste en revivir la época dorada del Islam de los siglos VII y VIII. Por tanto, se trata de una forma de guerra civil, en la que Occidente cuenta con escaso espacio de maniobra para actuar como árbitro o para poner fin a este conflicto. A diferencia de una amenaza terrorista, una insurgencia como la de Al-Qaeda y la del Movimiento Talibán en Pakistán supone un reto desde un punto de vista no sólo militar, sino también político. Esto es porque los insurgentes combinan un liderazgo motivado por cuestiones ideológicas con la insatisfacción social. En este contexto, Occidente tan sólo puede hacer frente y poner fin a estas ideologías extremistas por medio de una guerra de ideas. Por tanto, una estrategia de contrainsurgencia efectiva contra Al-Qaeda y el Movimiento Talibán deberá ofrecer oportunidades más atractivas a la población pakistaní que aquellas que ofrecen estas organizaciones, de tal manera que así se les pueda vetar de apoyo popular: el oxígeno de todo grupo social (Morris F., 2005, pág. 45).

Además, estas alternativas deberán seguir una narrativa que sirva a las comunidades musulmanas y deberán explicarles cómo pueden llegar a ser mejores creyentes que otras personas aun sin sentir la necesidad de enfrentarse de forma violenta a aquellos que consideran «opuestos». Al fin y al cabo, estas alternativas deberán responder de forma razonable a la pregunta qué falló y ofrecer a los

creyentes musulmanes en Pakistán y en la diáspora de Occidente una línea de acción no violenta que puedan seguir para superar el descenso de su estatus socioeconómico. A pesar de que esto pueda sonar utópico, algunos movimientos sociales en diferentes lugares del Mundo Islámico han tenido éxito a la hora de contrarrestar la narrativa tradicional islámica. Estos movimientos lograron que sus narrativas se convirtieran en dominantes en el lugar del mundo en el que actuaban. Así, por ejemplo, algunos movimientos sociales en Estados árabes y no árabes lograron imponer una versión más tolerante del Islam. Lograron hacer ver a la población que en el núcleo del mensaje del Islam se encuentra la igualdad y el igualitarismo y que fue precisamente esta solidaridad islámica la responsable de su pasado glorioso. Para ello, estas organizaciones se remontaron a las raíces de su religión y emplearon la imagen del Profeta Mahoma, quien vivía junto a su familia en la pobreza. Con este referente, lograron también hacer ver a las comunidades musulmanas que el bienestar social y el igualitarismo eran valores musulmanes y no occidentales. De esta manera, con miras a que los musulmanes adoptaran estos valores como propios deberían superar a Occidente con mayores niveles de bienestar social e igualitarismo, bajo la premisa de «*si somos mejores con estos valores, no pueden ser los suyos*» (Upal, 2015, pág. 3). Esto llevaba a las comunidades musulmanas a luchar por conseguir sociedades más tolerantes e igualitarias.

No obstante, la oferta de alternativas válidas frente a la insurgencia y al terrorismo en Pakistán también exige crear un entorno estable de oportunidades nuevas y atractivas para la población. Por ello, otra de las vías para poner fin al conflicto insurgente en la región consiste en acabar con las causas objetivas de índole social, económico o político, puesto que son precisamente estas las que explotan los insurgentes a la hora de reclutar. Con este fin, Estados Unidos podría, por ejemplo, reorientar e incrementar la ayuda económica enviada a Pakistán anualmente destinada a cuestiones de desarrollo económico, programas humanitarios, seguridad y gobernanza e incluso podría llevar a cabo iniciativas políticas y económicas propias en la región. Asimismo, entre estas estrategias de mejora de las condiciones objetivas podrían estar aquellas destinadas a «drenar el pantano» y que buscan acabar con aquellos problemas relacionados con la pobreza, la falta de educación, servicios sanitarios inadecuados y una violencia inducida por la cultura. Esto se trata, al fin y al cabo, de una inversión generacional (Kilcullen, 2009; Morris F., 2005, pág. 48). No obstante, esto no ha de llevar a pensar que el terrorismo surge tan sólo de la pobreza, sino que se ha de tener en cuenta que, según afirma Sageman, al contrario de lo que se suele pensar, la gran mayoría de los terroristas pertenecen a la clase media alta y que cuentan con estudios superiores (Sageman, 2004, pág. 34). Además, entre las estrategias que busquen una mejora de las condiciones sociales deberán encontrarse programas que gestionen las diferencias étnico-religiosas, a través, por ejemplo, de actividades que promuevan la tolerancia por la diversidad y los vínculos entre las comunidades y el Estado (Bin Ali, 2013, pág. 2).

Por otro lado, una tercera vía para acabar con el apoyo insurgente podría ser aislar a los sectores más beligerantes de las organizaciones, al mismo tiempo que generar apoyo a las opciones más posibilistas. De esta manera se podría proteger a los miembros insurgentes más moderados. Así, por ejemplo, el uso de drones de forma selectiva podría reducir el sentimiento antiestadounidense y de resistencia frente a esta política. Esto es, si los drones de combate se dirigieran únicamente contra los líderes más extremistas y violentos, habría más posibilidades de que se pudiese encontrar una solución política al conflicto en Pakistán. Esto se debe a que la mayoría de las insurgencias cuenta con divisiones internas entre aquellos militantes más radicales y aquellos más dispuestos a llegar a un acuerdo político. Del mismo modo, se podrían aprovechar e incluso exacerbar estas divisiones entre los líderes insurgentes por medio de, por ejemplo, la cooptación de los líderes insurgentes más descontentos o críticos (CIA, 2009, pág. 6).

Además, creemos que la política antiterrorista estadounidense de drones de combate podría ganar en efectividad si se complementara con esfuerzos destinados a conocer y comprender con mayor precisión la sociedad pakistaní y, sobre todo, las dinámicas tribales de la población local. Todos los esfuerzos mencionados anteriormente de contrainsurgencia deberán de estar basados en un amplio conocimiento de la ideología insurgente y de la sociedad en la que operan. Antes de llevar a cabo una guerra de ideas, en la que se pretenda promover un Islam más tolerante, será necesario estudiar y comprender en profundidad los conceptos clave como, por ejemplo, yihad y Estado islámico, que frecuentemente son malinterpretados por los grupos terroristas e insurgentes. Asimismo, un amplio conocimiento del funcionamiento de la sociedad pakistaní, que incluya el análisis de líderes, valores, prioridades, toma de decisiones, sistemas de autoridad, estudio de las diferentes comunidades musulmanas, entre otros factores, permitirá llevar a cabo políticas contrainsurgentes más efectivas. Esto sucede porque la divulgación de la ideología islamista radical no se podrá frenar sin la participación de las comunidades islámicas sociales. Así, por ejemplo, los ulemas o eruditos religiosos son, con frecuencia, los únicos que pueden dirigir los esfuerzos para contrarrestar una ideología, puesto que suponen un claro referente de autoridad para muchos musulmanes. El conocimiento social también serviría para diferenciar entre los verdaderos ulemas y aquellos ideólogos radicales disfrazados, en ocasiones, de maestros religiosos (Bin Ali, 2013, pág. 3). En el caso de las comunidades tribales de Pakistán, el referente de autoridad serían las *jirgas* (asambleas nacionales) o *qawmis* (jirgas tribales) lideradas por ancianos (Gant & McCallister, 2010, pág. 2). Así, entender quién y cómo se toman las decisiones, quiénes son los referentes culturales, cuáles son las prioridades y las preocupaciones de una sociedad totalmente diferente a la nuestra (occidental) podría hacer que nuestros esfuerzos por acabar con el terrorismo y la insurgencia en la región fueran fructíferos. Esta inteligencia humana se podría obtener, por ejemplo, a partir de estudios de campo y,

en el caso de la obtención de información más relacionada con los grupos insurgentes, los interrogatorios con desertores o miembros capturados (en vez de eliminados) u operaciones de infiltración podrían servir como fuentes fiables (CIA, 2009, pág. 6).

Por otro lado, una reforma de las autoridades civiles y policiales de Pakistán podría contribuir en gran medida a afrontar la amenaza insurgente en Pakistán de forma efectiva. Como hemos visto en los capítulos anteriores, el entrenamiento inadecuado, el escaso equipamiento, los débiles mecanismos de recolección de inteligencia y la escasa capacidad en materia de recursos humanos, unidos a la falta de voluntad política de reforma, hacen que una operación conjunta con las fuerzas de seguridad pakistaníes pueda perder en efectividad. Asimismo, uno de los grandes problemas que se deben resolver en el seno del ejército de Pakistán es la falta de voluntad de muchos agentes de llevar a cabo operaciones de contrainsurgencia de alta intensidad, ante la aprensión de combatir contra otros hermanos musulmanes, contra grupos que, como se ha mencionado anteriormente, años antes apoyaron a través de operaciones militares, acuerdos de paz e incluso cierta negligencia (Yusuf, Pakistan's Counterterrorism challenge, 2014, pág. 29). En este contexto, además, sería conveniente buscar reducir la preponderancia del ejército y optar por la promoción del poder civil, sin llegar a humillar al elemento militar, puesto que, de lo contrario, podría llegar a existir una confrontación directa.

Como hemos demostrado en este Trabajo de Fin de Grado, una política antiterrorista basada en el uso de drones de combate resulta errónea, puesto que genera más terrorismo a largo plazo. No obstante, este efecto se podría evitar si las operaciones militares con drones se complementan con otros elementos militares y no militares en el marco de una estrategia, en nuestro caso, de contrainsurgencia, como operaciones de información, esfuerzos por mejorar la gobernanza del país, etc. Estos elementos podrán servir para aprovechar y compensar por los efectos negativos que pudieran llegar a producir los ataques con vehículos no tripulados (CIA, 2009, pág. 6).

Al fin y al cabo, queda patente que los drones no pueden ganar una guerra por sí solos, aunque sí los soldados y las naciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, G. (2012). Las relaciones entre Corea del Norte y Pakistán y el tráfico de tecnología. *UNISCI Discussion Papers*, 29, 59-65.
- Abbas, H. (2008). A Profile of Tehrik-iTaliban. *CTV Sentinel*, 1(2).
- Abbas, H. (2008). From FATA to the NWFP: The Taliban Spread their Grip in Pakistan. *CTC Sentinel*, 1(10).
- Abbas, H. (2010). *Inside Pakistan's North-West Frontier Province: The Political Landscape of the Insurgency*. Washington, D.C.: New America Foundation.
- Abbas, H. (23 de agosto de 2013). How Drones Create More Terrorists. *The Atlantic*.
- Afsar, S., Samples, C., & Wood, T. (2008). The Taliban: An Organizational Analysis. *Military Review*, 58-73.
- Afzal, S., Iqbal, H., & Inayat, M. (2012). Terrorism and Extremism as a Non-Traditional Security Threat Post 9/11: Implications for Pakistan's Security. *International Journal of Business and Social Science*, 3(24), 194-203.
- Ahmed, A. (2013). *The Thistle and the Drone: How America's War on Terror Became a Global War on Tribal Islam*. Londres: Brookings Institution Press.
- Albright, D., & Hinderstein, C. (2005). Unraveling the A. Q. Khan and Future Proliferation Networks. *The Washington Quarterly*, 111-128.
- Alcántara, J. F. (2008). *La sociedad de control: privacidad, propiedad intelectual y el futuro de la libertad*. Barcelona: ElCobre Ediciones.
- Amnistía Internacional y Human Rights Watch. (2013). «Will I be next?» *US Drone Strikes in Pakistan*. Londres: Amnesty International Publications.
- APP. (2013). Drones Increasingly Opposed: Poll. *Express Tribune*.
- Asamblea General de las Naciones Unidas. (1995). Declaración sobre las medidas para eliminar el terrorismo internacional, Resolución A/RES/49/60. Nueva York: Organización de las Naciones Unidas.
- Aslam, M. (2011). A critical evaluation of American drone strikes in Pakistan: legality, legitimacy and prudence. *Critical Studies on Terrorism*, 4(3), 313-329.

- Awan, I. (2 de junio de 2013). US drone attacks are further radicalising Pakistan. *The Guardian*.
- Ballesteros, A. (2011). *Pakistán*. Madrid: Síntesis.
- Baylis, J., & Smith, S. (2011). *The Globalization of World Politics: An Introduction to International Relations*. Oxford: Oxford University Press.
- BBC News. (1 de junio de 2013). Iraq uncovers al-Qaeda 'chemical weapons plot'. Obtenido de BBC News: <http://www.bbc.com/news/world-middle-east-22742201>
- Becker, J., & Shane, S. (29 de mayo de 2012). Secret 'Kill List' Proves a Test of Obama's Principles and Will. *The New York Times*.
- Bergen, P., & Tiedemann, K. (2010). *The Year of the Drone*. New America Foundation.
- Berger, J. (5 de febrero de 2014). War on Error. Obtenido de Foreign Policy: <http://foreignpolicy.com/2014/02/05/war-on-error/>
- Bess Godshaw, J. (2014). *Military Reconnaissance: A Cost-Effectiveness Analysis of Unmanned Aerial Vehicles and Satellites*. Denver: University of Denver Institute for Public Policy Studies.
- Bin Ali, M. (2013). *Ideological Response to Terrorism and Extremism*. Tel Aviv: International Centre for Political Violence and Terrorism Research (ICPVTR).
- Boone, J. (22 de octubre de 2013). US drone strikes could be classed as war crimes, says Amnesty International. *The Guardian*.
- Borreguero, E. (22 de noviembre de 2004). *India y Pakistán: el dilema nuclear*. Obtenido de Real Instituto Elcano: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/asia-pacifico/ari+68-2004
- Booth, K. (1991). Security as emancipation. *Review of International Studies*, 17(4).
- Bouzas, A. M. (2005). India y Pakistán en el 2003/2004). *Anuario Asia/Pacífico 2004*, 223-230.
- Bouzas, A. M. (2009). Pakistan, la recerca d'una identitat. *DCIDOB*(109), 1-60. Obtenido de La Política Exterior del Pakistan: A la Recerca d'una Identitat.
- Bouzas, A. M. (2011a). *India y Pakistan - Conflicto y negociaciones en el sur de Asia*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Bouzas, A. M. (3 de octubre de 2011b). *Pakistán: entre la desidia, el esperpento y la necesidad de cambio* (ARI). Obtenido de Real Instituto Elcano: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/asia-pacifico/ari135-2011
- Bruggeman, W. (2011). The Boundaries and the Future of Technological Control: Technological control has its limits on ethical ground, but also from a social control point of view. En E. d. Pauw, P. Ponsaers, & K. v. (Eds.), *Technological-Led Policing* (Vol. 20, págs. 125-163). Cahier Politiestudies.
- Bruno, G., & Bajoria, J. (2008). *U.S. - Pakistan Military Cooperation*. Washington D.C.: Council on Foreign Relations.
- Bustelo, P. (22 de enero de 2010). *Pakistán: ¿economía fallida?* (ARI). Obtenido de Real Instituto Elcano: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/asia-pacifico/ari13-2010
- Butt, N. M. (2004). Nuclear Developments in Pakistan. (P. I. cheema, & I. H. Bokhari, Edits.) *Arms Race and Nuclear Developments in South*.
- Buzan, B., & Hansen, L. (2009). *The Evolution of International Security Studies*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Byman, D. (2006). Do Targeted Killings Work? *Foreign Affairs*.
- Cantalapiedra, D. G. (27 de abril de 2009). «*Es Pakistán, estúpido*». Recuperado el 22 de noviembre de 2014, de Diario ABC: <http://www.abc.es/20090427/opinion-firmas/pakistan-estupido-20090427.html>
- Carvin, S. (2012). The Trouble with Targeted Killing,. *Security Studies*, 21(3), 529-555.
- CBS News. (19 de septiembre de 2013). Court document references al Qaeda-linked chemical weapons program in Somalia. Obtenido de CBS News: <http://www.cbsnews.com/news/court-document-references-al-qaeda-linked-chemical-weapons-program-in-somalia/>
- Chakma, B. (2009). *Pakistan's Nuclear Weapons*. Nueva York: Routledge.

- Channel 4 news. (18 de marzo de 2010). Iran supplies weapons to Taliban. Obtenido de Channel 4 news: <http://www.channel4.com/news/iran-supplies-weapons-to-taliban>
- CIA. (2009). *Best Practices in Counterinsurgency -Making High-Value Targeting Operations an Effective Counterinsurgency Tool (C//NF)*. Central Intelligence Agency , Directorate of Intelligence.
- CIA. (2012). *Guide to the Analysis of Insurgency*. Washington, D.C.: United States, Central Intelligence Agency.
- CIDOB. (2012). Perfil de país: Pakistán. *Anuario Internacional CIDOB 2012*, 431-439.
- Cirincione, J. (2004). *A Global Assessment of Nuclear Proliferation Threats*. Estocolmo, Suecia: Weapons of Mass Destruction Commission (WMDC).
- Coghlan, T., & Page, J. (17 de febrero de 2009). *Secrecy and denial as Pakistan lets CIA use airbase to strike militants*. Obtenido de The Times: <http://www.thetimes.co.uk/tto/news/world/asia/article2609732.ece>
- Coker, C. (2001). The Anglo-American Defense Partnership. En B. Rubin, & T. (. Keaney, *US Allies in a Changing World* (págs. 75-92). Londres: Frank Cass Publishers.
- Coll, S. (24 de noviembre de 2014). The Unblinking Stare. *The New Yorker*.
- Cronin, A. K. (2009). *How Terrorism Ends: Understanding the Decline and Demise of Terrorist Campaigns*. Princeton: Princeton University Press.
- Daniels, K. (20 de septiembre de 2013). Justice Dept: Al-Qaeda Runs a Chemical Weapons Program. Obtenido de Infowars.com: <http://www.infowars.com/dept-of-justice-al-qaeda-runs-a-chemical-weapons-program/>
- David, S. R. (2002). Fatal Choices: Israel's Policy of Targeted Killing. *Mideast Security and Policy Studies*(51).
- de Pedro, N. (2012). Spain and Central Asia. *EUCAM National Policy Series*(8).
- Democracy Now! (25 de octubre de 2013). *A Drone Warrior's Torment: Ex-Air Force Pilot Brandon Bryant on His Trauma From Remote Killing*. Obtenido de Democracy Now!: https://www.youtube.com/watch?v=i_l6ec62l6I

- Donati, J., & Sultani, F. (21 de octubre de 2014). In Afghan north, Taliban gains ground and courts local support. Obtenido de Reuters: <http://www.reuters.com/article/2014/10/21/us-afghanistan-taliban-insight-idUSKCN0IA2OA20141021>
- Donohue, M. (2014). *Pakistan's Nuclear Program*. Stanford: Stanford University Press.
- Eijkman, Q. (2012). *Counter-Terrorism, Technology and Transparency: Reconsidering state accountability?* La Haya: International Centre for Counter-Terrorism - The Hague.
- Entous, A., & Addicott, J. (18 de mayo de 2010). Special Report: How the White House learned to love the drone. *Reuters*.
- Etzioni, A. (2010). Unmanned Aircraft Systems The Moral and Legal Case. *JFQ*, 66-71.
- European Commission. (2004). *Research for a Secure Europe- Report of the Group of Personalities in the field of Security Research*. Luxemburgo: Office for Official Publications of European Communities.
- FAS. (6 de noviembre de 2014). America's War on Terrorism. Obtenido de Federation of American Scientists (FAS): <http://www.fas.org/terrorism/str/>
- Gall, C. (19 de marzo de 2014). What Pakistan Knew About Bin Laden. *The New York Times*.
- Gallup Pakistan. (26 de noviembre de 2013). *Perceptions of Pakistanis on Drones - Detailed Report*. Islamabad: Gallup International.
- Ganor, B. (2005). *The Counter-Terrorism Puzzle: A Guide for Decision Makers*. New Brunswick, N. J.: Transaction.
- Gant, J., & McCallister, W. (2010). *Tribal Engagement: The Jirga and the Shura*. Washington, D. C.: Small Wars Foundation.
- Garrido, V. (2008). Pakistán armas nucleares y seguridad. *Política Exterior*(122).
- Goswami, N. (26 de junio de 2009). The Obama Administration's Afghanistan–Pakistan Policy: In Need of an Urgent Rethink. *Strategic Analysis*, 33(4), 465-469.
- Government of Khyber Pakhtunkhwa. (1998). *Population by Religion*. Obtenido de Government of Khyber Pakhtunkhwa - Finance Department: <http://financekpp.gov.pk/FD/kpk-at-a-glance/population-by-religion.html>

- Government of Khyber Pakhtunkhwa. (2006). *About Khyber Pakhtunkhwa*. Obtenido de Khyber Pakhtunkhwa: <http://www.khyberpakhtunkhwa.gov.pk/aboutus/>
- Government of Khyber Pakhtunkhwa. (2006). *People and Tribes*. Obtenido de Government of Khyber Pakhtunkhwa: <http://www.khyberpakhtunkhwa.gov.pk/aboutus/People-Tribes.php>
- Gross, M. L. (2003). Fighting by Other Means in the Mideast: a Critical Analysis of Israel's Assassination Policy. *Political Studies*, 51(2), 350-368.
- Grotius, H. (2001). *On the Law of War and Peace*. Ontario: Batoche Books.
- Gunaratna, R. (2002). *Inside Al-Qaeda: Global Network of Terror*. Nueva York: Columbia University Press.
- Harrison, S. S. (2007). The Pashtun time bomb. *The New York Times*.
- Hashim, A. (8 de julio de 2013). Leaked report shows Bin Laden's 'hidden life'. *Al Jazeera*.
- Hatfield, M. M. (2006). Do Targeted Assassinations Work? A Multivariate Analysis of Israel's Controversial Tactic during Al-Aqsa Uprising. *Studies in Conflict & Terrorism*, 29(4), 359-382.
- Hlouchová, I. (2011). Strategy of the Taliban. *Sekuritacy*.
- Hoffman, B. (2004). The Changing Face of Al-Qaeda and the Global War on Terrorism. *Studies in Conflict and Terrorism*(27).
- Hoffman, B. (2006). *Inside Terrorism*. Nueva York: Columbia University Press.
- Hoodbhoy, P. (1993). Myth-Building: The «Islamic» Bomb. *Bulletin of the Atomic Scientists*.
- Hoodbhoy, P. (2013). Iran, Saudi Arabia, Pakistan and the 'Islamic Bomb'. En P. Hoodbhoy, *Confronting the Bomb: Pakistani and Indian Scientists Speak Out* (págs. 151-167). Oxford: Oxford University Press.
- Hubbard, B. (25 de enero de 2014). The Franchising of Al Qaeda. Obtenido de The New York Times: http://www.nytimes.com/2014/01/26/sunday-review/the-franchising-of-al-qaeda.html?_r=0
- Hutchison, N., & Pyster, A. (2010). al-Qaeda: Study of Decentralized Organization. *8th Conference on Systems Engineering Research*. Hoboken, Nueva Jersey: Stevens Institute of Tecnology.

- Igoe Walsh, J. (2013). *The effectiveness of drone strikes in counterinsurgency and counterterrorism campaigns*. Washington D.C.: Strategic Studies Institute and U.S. Army War College Press.
- IISS. (2007). *Nuclear Black Markets: Pakistan, A.Q. Khan and the Rise of Proliferation Networks*. Londres: The International Institute for Strategic Studies.
- Ikenberry, J. G., Mastanduno, M., & Wohlforth, W. C. (2009). Unipolarity, State Behavior and Systemic Consequences. *World Politics*, 61(1), 1-27.
- Inglehart, R. (1977). *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.
- International Crisis Group. (2002). *Pakistan: Madrassas, Extremism and the Military*. Bruselas: International Crisis Group.
- International Crisis Group. (2006). *Pakistan's Tribal Areas: Appeasing the Militants*. Bruselas: Asia Report 125.
- International Crisis Group. (2009). *Pakistan: The militant jihadi challenge*. Bruselas: International Crisis Group.
- Jehangir, A. I. (2013). *Challenges to Policing Terrorism in Pakistan*. Islamabad: Police Foundation Report.
- Jenkins, B. M. (1987). *Should Our Arsenal Against Terrorism Include Assassination?* RAND Paper P-7303.
- Johnston, P. B., & Sarbahi, A. K. (2014). The Impact of U.S. Drone Strikes on Terrorism in Pakistan and Afghanistan. *RAND Corporation*.
- Jordan, J. (2009). When Heads Roll: Assessing the Effectiveness of Leadership Decapitation. *Security Studies*(18), 719-755.
- Jordán, J. (2014). The Effectiveness of the Drone Campaign against Al Qaeda Central: A Case Study. *Journal of Strategic Studies*, 37(1), 4-29.
- Jordán, J. (21 de octubre de 2010). *El empleo de aviones de combate no tripulados contra al-Qaeda en Pakistán: ¿una estrategia eficaz?* (ARI). Obtenido de Real Instituto Elcano: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/terrorismo+internacional/ari152-2010

- Joshi, S. (2013). Pakistan's Tactical Nuclear Nightmare: Déjà Vu? *The Washington Quarterly*, 159-172.
- Kalim, Bahadur. (2004). The Rise of MMA in Pakistan. En D. Behera, & M. Joseph, *Pakistan in a Changing Strategic Context*. Nueva Delhi: Knowledge World.
- Kanwal, G. (2013). Pakistan's Internal Security Challenges: Will the Military Cope? *IPCS*(230).
- Kaplan, E. H., Mintz, A., Mishal, S., & Samban, C. (2005). What Happened to Suicide Bombings in Israel? Insights from a Terror Stock Model. *Studies in Conflict & Terrorism*, 28, 225-235.
- Kaplan, J. (1997). Leaderless Resistance. *Terrorism and Political Violence*, 9(3), 80-95.
- Karam, J. T., & Gray, D. H. (2013). The Impact of CIA Drone Strikes and the Shifting Paradigm of U.S. Counterterrorism Strategy. *Global Security Studies*, 4(3), 56-71.
- Kelly, J. (15 de noviembre de 2001). Terrorists Courted Nuclear Scientists. *USA Today*.
- Khaliq, M. (2012). *Local Government System in Khyber Pakhtunkhwa A Historical Analysis*. Peshawar: Good Governance in Pakistan Programme .
- Khan, J. (2011). The Rise of Political Islam in Khyber Pakhtunkhwa: The Case of Muttahida Majlis-e-Amal (MMA). *The Dialogue*, IX(3), 299-312.
- Kilcullen, D. (16 de mayo de 2009). Death From Above, Outrage Down Below. *The New York Times*.
- Kilcullen, D. (2006). Counterinsurgency Redux. *Survival: Global Politics and Strategy*, 48(4), 111-130.
- Kiras, J. D. (2006). Irregular Warfare: Terrorism and Insurgency. En E. C. John Baylis, *Strategy in the Contemporary World* (págs. 163-191). Oxford: Oxford University Press.
- Kronstadt, K. A. (2009). *Pakistan-U.S. Relations*. Washington D.C.: Congressional Research Service.
- Lister, T. (2 de diciembre de 2010). *WikiLeaks: Pakistan quietly approved drone attacks, U.S. special units*. Obtenido de CNN: <http://edition.cnn.com/2010/US/12/01/wikileaks.pakistan.drones/index.html>
- Lockett, C. E. (1994). *We bomb, therefore we are: the evolution of terrorist group life cycles*. Monterey, California: Naval Postgraduate School.

- Luttwak, E. (1995). Toward Post-Heroic Warfare. *Foreign Affairs*.
- Mahmood, T. (2005). *The Durand Line: South Asia's Next Trouble Spot*. Monterey, California: Dudley Knox Library.
- Mannes, A. (2008). Testing The Snake Head Strategy: Does Killing or Capturing its Leaders Reduce a Terrorist Group's Activity? *The Journal of International Policy Solutions*, 40-49.
- Matarese, M. (20 de enero de 2013). Algeria hostage crisis: Most weapons used in attack came from Libya. Obtenido de The Telegraph:
<http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/africaandindianocean/algeria/9814510/Algeria-hostage-crisis-Most-weapons-used-in-attack-came-from-Libya.html>
- McCrisken, T. (2013). Obama's Drone War. *Survival: Global Politics and Strategy*, 55(2), 97-122.
- Meharg, & Jane, S. (2009). *Measuring Effectiveness in Complex Operations: What is Good Enough*. Calgary, Canada: Canadian Defece & Foreign Affairs Institute.
- Mehboob, S. (2011). *Governance and Militancy in Pakistan's Khyber Pakhtunkhwa Province*. Center for Strategic and International Studies . Washington, D.C.: CSIS.
- Mellón, J. A. (2014). Parámetros ideológicos de la extrema derecha occidental. *Servicios de Inteligencia y Seguridad Internacional* (págs. 19-32). Alicante: Universidad de Alicante.
- Merari, A. (1993). Terrorism as a Strategy of Insurgency. (F. Cass, Ed.) *Terrorism and Political Violence*, 5(4), 213-251.
- Meyerle, J., & Malkasian, C. (2009). *Insurgent Tactics in Southern Afghanistan 2005-2008*. Washington D.C.: CNA.
- Michaels, J. (30 de abril de 2012). Year after bin Laden's death: Al-Qaeda 'far from defeated'. *USA Today*.
- Mikulic, M. C. (2013). *Theories of International Relations and their Predictions for the Proliferation of Drones*. Nashville, Tennessee: Vanderbilt University.
- Miller, G., & Woodward, B. (24 de octubre de 2013). Secret memos reveal explicit nature of U.S., Pakistan agreement on drones. *The Washington Post*.
- Morris F., M. (2005). Al Qaeda as Insugency. US Army War College Strategy Research Project.
- Naiden, F. (2014). Do drones contradict lessons from centuries of war? *The Wilson Quarterly*.

- Narang, V. (2010). Posturing for Peace? Pakistan's Nuclear Postures and South Asian Stability. *International Security*.
- National Assembly of Pakistan. (2004). *The Constitution of the Islamic Republic of Pakistan*. Islamabad.
- National Intelligence Council. (2007). *Nonstate Actors: Impact on International Relations and Implications for the United States*. Washington, D.C.: National Intelligence Council (NIC).
- NBC News. (5 de junio de 2013). CIA didn't always know who it was killing in drone strikes, classified documents show. *NBC News*.
- Norell, M. (2007). The Taliban and the Muttahida Majlis-e-Amal (MMA). *The China and Eurasia Forum Quarterly*, 5(3), 61-82.
- NTI. (23 de diciembre de 2014). *Nuclear*. Obtenido de The NuclearThreat Initiative (NTI): <http://www.nti.org/country-profiles/pakistan/nuclear/>
- O. Clary, C. (2005). *The A.Q.Khan Network: Causes and Implications*. Monterey, California: Naval Postgraduate School.
- Oliveira Martins, B. (2013). Welcome to the Future: Legal, Ethical, and Political Issues in the Use of Drones. *IPRIS*, 1-4.
- O. Work, R., & Brimley, S. (2014). *20YY: Preparing for War in the Robotic Age*. Center for a New American Security.
- Özcan, S. (2013). *Securitization of Energy through the Lenses of the Copenhagen School*. Orlando.
- Pakistan Bureau of Statistics. (1998). *Demographic Indicators - 1998 Census*. (G. o. Pakistan, Productor) Recuperado el 1 de febrero de 2015, de Pakistan Bureau of Statistics: <http://www.pbs.gov.pk/content/demographic-indicators-1998-census>
- PIPS. (2011). *Pakistan Security Report 2010*. Islamabad: Pakistan Institute For Peace Studies.
- Priego, A. (2007). Musharraf en la encrucijada. *UNISCI Discussion Papers*(15).
- Priego, A. (2010). Las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán. Continuidad y cambio con la Administración Obama. *Tribuna Norteamericana*(4). Obtenido de Las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán. Continuidad y cambio con la Administración Obama.

- Priego, A. (22 de noviembre de 2008). *Por qué Pakistán es un estado «apetecible» para el yihadismo radical*. Obtenido de Safe Democracy: <http://spanish.safe-democracy.org/2008/01/08/por-que-pakistan-es-un-estado-apetecible-para-el-yihadismo-radical/>
- Prieto, J. I. (2014). La infiltración como factor clave para erosionar la acción terrorista. Requisitos, virtualidad, dificultades y procedimientos. *Servicios de Inteligencia y Seguridad Internacional* (págs. 32-45). Alicante: Universidad de Alicante.
- Rashid, A. (2008). *Descent into Chaos*. Nueva York: Penguin Group.
- Reinares, F. (1998). Democratic Regimes, Internal Security Policy and the Threat of Terrorism. *Australian Journal of Politics and History*, 44(3), 351-371.
- Resende-Santo, J. (2007). *Neorealism, States, and the Modern Mass Army*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Robertson, N., & Botelho, G. (12 de abril de 2013). *Ex-Pakistani President Musharraf admits secret deal with U.S. on drone strikes*. Obtenido de CNN: <http://edition.cnn.com/2013/04/11/world/asia/pakistan-musharraf-drones/>
- Roggio, B. (22 de october de 2014). Taliban control 3 districts in Afghan provinces of Wardak and Kunduz. Obtenido de The Long War Journal: http://www.longwarjournal.org/archives/2014/10/taliban_control_3_di.php
- Rowland, P. B. (2013). Drone Wars. *The Washington Quarterly*, 36(7), 7-26.
- RT. (23 de enero de 2015). Operador de drones de EE.UU.: «Siento haber matado a 1.600 personas». *RT*.
- RT. (6 de junio de 2013). La CIA no siempre sabía a quién mataba en los ataques con drones. *RT*.
- Sageman, M. (2004). *Understanding Terror Networks*. Pensilvania: University of Pennsylvania Press.
- Samdani, M. (2011). *Governance and Militancy in Pakistan's Khyber Agency*. Washington, D.C.: Center for Strategic Studies.
- Sapolsky, H. M., & Shapiro, J. (1996). Casualties, Technology, and America's Future Wars. *Parameters*, 119-127.

- Schuchter, A. (2004). *Regime Change: National Security in the Age of Terrorism*. Lincoln, Nebraska: iUniverse, Inc.
- Scmitt, E., & Shanker, T. (2011). *Counterstrike: The Untold Story of America's Secret Campaign Against Al Qaeda*. Londres: Times Books.
- Sherwell, P. (24 de octubre de 2013). Confessions of a US drone operator: 'I watched him die. It took a long time'. *The Telegraph*.
- Singer, P. (11 de marzo de 2013). *The Global Swarm Drones are not only spreading to other countries, they're becoming smaller and smarter*. Obtenido de Foreign Policy: <http://foreignpolicy.com/2013/03/11/the-global-swarm/>
- Spangler, M. (2014). Pakistan's Changing Counterterrorism Strategy: A Window of Opportunity? *Parameters*, 44(1), 37-49.
- Stewart, S., & Burton, F. (30 de enero de 2008). *The Lone Wolf Disconnect - The Lone Wolf Lessons*. Obtenido de STRATFOR global intelligence: https://www.stratfor.com/weekly/lone_wolf_disconnect
- Taj, F. (2010). The year of the drone misinformation. *Small Wars & Insurgencies*, 21(3), 529-535.
- Tajik, S. H. (2011). Analysis of Peace Agreements with Militants and Lessons for the Future. *Conflict and Peace Studies*, 4(1).
- Terrill, W. A. (2013). Drones over Yemen: Weighing Military Benefits and Political Costs. *Parameters*, 42(1), 17-23.
- The Battle for Pakistan: Militancy and Conflict across the FATA and NWFP. (2010). *Counterterrorism Strategy Initiative Policy Paper*.
- The Washington Times. (5 de junio de 2007). Taliban uses weapons made in China, Iran. Obtenido de The Washington Times: <http://www.washingtontimes.com/news/2007/jun/5/20070605-121517-7394r/?page=all>
- The White House. (2011). *National Strategy for Counterterrorism*. Washington D.C.: Government of the United States.
- United States Marine Corps. (2012). *Guide to the Analysis of Insurgency*. Government of the United States.

- United States Marine Corps. (2012). *Guide to the Analysis of Insurgency*. Government of the United States.
- Upal, A. (2015). Using Social Psychology to Counter Terrorism. *Cicero Magazine*.
- Van der Meulen, J. (1997). Post-modern Societies and Future Support for Military Missions. En G. C. (ed.), *The Clausewitzian Dictum and the Future of Western Military Strategy* (págs. 59-74). La Haya: Kluwer Law International.
- Walt, S. M. (2002). The Enduring Relevance of the Realist Tradition. En I. Katznelson, & H. V. (ed.), *Political Science: The State of the Discipline*. Washington, D.C.: Norton.
- Waltz, K. N. (1979). *Theory of International Politics*. Long Grove: Waveland Press, Inc.
- Wieviorka, M. (2003). *The Making of Terrorism*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Wijze, S. d. (2009). Targeted killing: a 'dirty hands' analysis. *Contemporary Politics*, 305-320.
- Williams, B. G. (2010). The CIA's Covert Predator Drone War in Pakistan, 2004–2010: The History of an Assassination Campaign. *Studies in Conflict & Terrorism*, 33(10), 871-892.
- Wood, D. (2 de diciembre de 2010). Obama's Drone War: Does the Killing Pay Off? *Politics Daily*.
- Yusuf, M. (2014). *Pakistan's Counterterrorism challenge*. Washington: Georgetown University Press.
- Yusuf, M., Yusuf, H., & Zaidi, S. (2011). *Pakistan, the United States and the End Game in Afghanistan: Perceptions of Pakistan's Foreign Policy Elite*. Washington D.C.: United States Institute of Peace.